

# Vida y amor en los trovadores

Francisco Luis Redondo Álvaro

**E**l Dr. Francisco Luis Redondo Álvaro, consejero del Instituto de Estudios Giennenses y que ha colaborado otras veces en Seminario Médico, ha pronunciado recientemente una conferencia sobre el tema Vida y amor en los trovadores. Para ello preparó un texto de una cierta extensión, del que leyó sólo una parte ante su auditorio. Ahora, lo hemos querido recoger íntegramente para nuestra revista, pero conservando el carácter de comunicación oral con el que fue concebido y presentado. Entendemos que así se preserva el estilo ameno, humorístico y desenfadado en ocasiones, que el autor pretendió al dirigirse al público en su presentación oral. Publicamos, pues, el texto completo, tal como fue leído (en parte) y redactado, sin ninguna modificación posterior. (N. de R.).

ya escribió que nada hay más dulce que el amor y todas las demás cosas van detrás de él. Y Gabriel García Márquez, aquejado en el presente de una grave enfermedad, en una bellísima y reciente carta, ha vuelto a insistir prácticamente en lo mismo. Pien-

san los hombres que dejan de amar cuando envejecen, dice, y no es verdad; es al revés, que envejecen cuando dejan de amar. Como ven, pues, el tema del amor, de su importancia para los seres humanos es muy viejo y a la vez novísimo; es, en realidad, eterno y lo más humano o angélico del hombre.

Sin embargo, en cierta manera –muy en cierta manera, por supuesto– parece que hubo una época concreta de la historia de nuestra vieja Europa en la que se empezó a inventar el amor. Un amor alto, elevado, de una sublimidad desconocida hasta enton-

Palabras clave: Vida. Amor. Trovadores.

Fecha de recepción: Junio 2006.

Seminario Médico

Año 2006. Volumen 58, N.º 2. Págs. 71-106

ces. Vamos a ver cuánto de verdad hay en todo esto. Me estoy refiriendo, claro, a la época de los trovadores que, para empezar a delimitar nuestros empeños, diré que se extiende a lo largo de los siglos XII y XIII y en un ámbito geográfico que representa una amplia zona situada al sur del río Loire, en Francia, con prolongaciones hacia Italia y España. En este mundo románico surgió entonces una gran novedad: una poesía, la llamada trovadoresca, escrita en lengua vulgar —que es entendida por todos, en oposición al latín culto—, que es fundamentalmente lírica, y con autores conocidos y concretos, no anónima. Esta poesía aparece como una actividad seria, compleja y delicada, sólo al alcance de aquellas distinguidas personas que dominan las técnicas oportunas; no se trata de una poesía popular, insistimos. Además tiene clara conciencia de su solidez, de su perdurabilidad. Así, Ramón Vidal de Besalú, al principio de sus *Razós de trobar*, escribe: Y nunca encontrarás palabra bien o mal dicha que, si un trovador la ha puesto en rima, no quede para siempre en el recuerdo. Integran el conjunto de esta lírica trovadoresca unas 2.542 composiciones, de unos 350 poetas de nombres conocidos, y varios accidentalmente anónimos, que reciben el nombre de *trobadors*, trovadores. Los poemas están escritos en una lengua románica: el provenzal. Se han propuesto otros nombres para el vehículo de expresión (romans, lemosín, lengua d'oc, occitano), pero es el de provenzal el que ha sido finalmente más comúnmente aceptado, aunque se puede ar-

güir que, en realidad, la poesía trovadoresca no nació exactamente en Provenza, ni en ella son mayoría los poetas provenzales. De hecho, Raimbaut d'Aurenga, el primer trovador de esa procedencia regional, nació en 1144, según la razonada suposición de Pattison, nada menos que veinte años después de que Guilhem de Peitieu, el primer trovador reconocido, muriera. Se impuso el nombre de provenzal, a pesar de todo, porque el área de expansión de esta poesía sí coincide con lo que los antiguos romanos llamaban, refiriéndose a las Galias, *provincia* y quizá porque los primeros que se interesaron en ella fueron los italianos (Dante, Petrarca) y la zona de la actual Francia que linda con Italia es precisamente la Provenza. En definitiva, el término provenzal, para designar el idioma —bastante unificado— en que se escribe esta poesía es el que admiten y utilizan la mayoría de los romanistas. El área en que ocurre el fenómeno es, como ya hemos apuntado, una vasta zona del mediodía de Francia, que va desde el Atlántico hasta la frontera italiana y llega por el norte hasta el macizo central y el río Loire, y por el sur a los Pirineos y el mar mediterráneo. Varias entidades políticas y señoríos, a veces con diferencias y hostilidades entre ellos, se encuentran en este territorio: Aquitania, Gascuña, Tolosa, Lemosín, Alvernia, Delfinado y Provenza, pero todos tienen una base idiomática común, que se extiende hasta Italia y al sur de los Pirineos. Esa lengua es bastante homogénea y se impone por encima de las variantes dialectales, en contra de lo

que ocurre con la literatura épica y con la escrita en prosa, que tienen una base idiomática mucho más fragmentada. Es una especie de *koiné*, con base última en la variedad lingüística de la región de Tolosa y que es utilizada ante auditorios muy distantes. En cuanto al tiempo, concretando más lo que señalamos antes, podemos considerar que esta poesía trovadoresca va desde Guilhem de Peitieu, el primer trovador con obra conservada, como ya dijimos, que en 1100 tenía 29 años, hasta un famoso intercambio de *coblas*, de canciones, entre Federico III de Sicilia y Hug IV de Ampurias, que se puede fechar en el año 1298. Unos doscientos años, bastante exactamente.

Toda esta poesía ha llegado hasta nosotros a través de cancioneros, que son antologías más o menos extensas, a veces con las melodías correspondientes, que fueron compiladas en los siglos XIII y XIV; es decir, sólo un poco después de ser creadas las propias canciones y que se designan con letras (mayúsculas para los manuscritos en pergamino y minúsculas para los escritos sobre papel). Hay unos 95 de estos cancioneros. También existe, desde luego, la transmisión indirecta a través de libros de gramática y de preceptiva, tales como la obra de Vidal de Besalú, ya citada, o las *Regles de trobar*, de Jofre de Foixà. Debieron de existir bastantes más cancioneros que se han perdido y de los que sólo tenemos noticias indirectas. En algunos casos contamos, como digo, con la melodía que acompañaba a estas canciones, ya que con nota-

ción musical hay hasta 256 melodías trovadorescas conservadas.

Esta literatura, en principio, siempre es escrita, no como ocurre en el caso de la épica, que es muchas veces transmitida de manera oral, y es también obra de personajes y autores concretos, no una destilación vaga del pueblo. En una canción del trovador Cerverí de Gerona, por poner un ejemplo, este se queja de que, cuando está ensimismado escribiendo, a veces le interrumpen en «tan douz jornal». Pero también estos trovadores eran capaces de repentizar (siempre ha ocurrido esto en poesía, desde Ovidio hasta Lope de Vega) y hay numerosos ejemplos de que esto es así en el ámbito al que nos estamos refiriendo. Los poemas no suelen tener título y los investigadores los citan con las palabras del primer verso. De estos 95 cancioneros, los más antiguos son el de Módena, de 1254, y el de Venecia, de 1268. Si bien es cierto que se trata de poesía escrita, el juglar, la persona que se encargaba de ejecutar ante el público las poesías elaboradas por el trovador, sí cantaba de memoria. Seis de los cancioneros van con miniaturas, que a veces son de animales más o menos fabulosos, pero otras veces pretenden ser retratos de los propios trovadores (en total, hay 97 retratos). En el cancionero de Roma, del siglo XIV, hay 8 retratos dedicados exclusivamente a *trovaïritz*, es decir, a mujeres trovadoras, que también las hubo, y ya mencionaremos algunas a lo largo de nuestra exposición.

Conviene tener muy en cuenta que muchas de estas canciones fueron compuestas, no para ser leídas, sino

para ser cantadas, aunque los trovadores y juglares también recitaban a veces sin cantar, e incluso intercalaban parlamentos en prosa, y así se recoge en algunos documentos en los que se señala explícitamente que algunos de ellos «cantaban y narraban». Se tendía a reservar el nombre de poeta para el que componía en latín culto. El arte de componer versos y su melodía se llamaba *trobar* y este verbo ya lo emplea Peitieu, que dice de un poema que *fo trobatz en durmen sus un chivau* (fue trovado durmiendo sobre un caballo). Este término de *trobador* seguramente estuvo durante algún tiempo en concurrencia con el de cantador. En efecto, algunos textos latinos contemporáneos llaman a Ebles II de Ventadorn, poeta de obra perdida, «Ebolus cantator». Este Ebles II era un poco más joven que Peitieu, que era precisamente su señor feudal, y estuvo en muy íntima relación con él, con quien rivalizaba en cortesía, ingenio y liberalidad.

74

Finalmente se consolidó el término de *trobador*. El texto más antiguo en el que aparece esta palabra es una pieza de Cercamon, de hacia 1150. Seguramente, la palabra deriva del latín medieval *tropare* y *tropatore*, y estos a su vez de *tropus*, nombre de ciertas composiciones litúrgicas con melodía, muy cultivadas en el siglo XI, precisamente en la abadía de San Marcial de Limotges —o sea en las mismas tierras donde surge la poesía trovadoresca—, que son un poco anteriores en el tiempo. Para otros, en cambio, tiene el sentido de «encontrar», de «inventar», y este es su principal valor semántico. En efecto, el verbo proven-

zal *trobar*, como el francés *trouver* o el italiano *trovare*, significa, desde luego, encontrar, hallar. Igual que el verbo latino *invenire*, pero que también quiere decir imaginar, inventar, «crear literariamente», como indica el título del tratado ciceroniano *De inventione*.

Los, aproximadamente, 350 trovadores proceden de muy diferentes estamentos sociales. Gui Folqueis fue obispo de Pueg, arzobispo de Narbona y llegó a Papa (con el nombre de Clemente IV, en el período 1265-1268). No se conserva de él ninguna pieza lírica, sólo unos siete gozos de la Virgen. Sin embargo, Peire Vidal era hijo de un peletero de Tolosa. Raimbaut de Vaqueiras era también de origen humilde. Muchos fueron a ultramar, a Tierra Santa, muchas veces más como peregrinos que como cruzados reales: Guilhem de Peitieu, Jaufré Rudel, Peire Vidal, Gaucelm Faidit, Vaqueiras, etc., y también algunos llegaron hasta España. Estos viajes les pusieron en contacto con los árabes, lo que iría a favor de la llamada teoría árabe sobre el origen de la lírica provenzal, avanzada por Julián Ribera en su estudio sobre *El cancionero de Abencuzman*, de 1912.

En correspondencia con sus muy diferentes extracciones sociales, es obvio que algunos trovadores viven de lo que reciben del público, mientras que otros son lo suficientemente ricos como para no necesitar ayuda económica alguna. Algunos son una especie de contratados de las cortes respectivas, que los mantienen con carácter estable. Esto parece ya configurarse en Marcabré y Bernart de

Ventadorn hasta llegar a Cerverí de Gerona, trovador que tiene definitivamente un carácter francamente áulico, siendo como un funcionario de la corte. Folquet de Marselha era un rico mercader que abandonó el arte para entrar en religión y acabó siendo obispo de Tolosa. Cuando los trovadores son personajes importantes, hay muchos datos biográficos, pero a medida que se desciende en la escala social, nos encontramos con menos detalles sobre sus vidas. A pesar de todo, de muchos de ellos tenemos cierta información porque en los cancioneros, junto a la obra poética recogida, vienen en muchos casos descripciones más o menos sumarias de sus vidas, bien al principio de la obras respectivas o bien agrupadas todas las biografías. También existen las llamadas *Razós*, con las que se pretendía explicar el origen y el tema de las canciones, las circunstancias o finalidades de algunas poesías concretas o identificar los personajes que se mencionan en ellas, etc. En total, contamos exactamente con las *Vidas* de 101 trovadores, de muy desigual longitud. Son tan uniformes de estilo y de lengua, que hasta harían pensar en un autor único o en una especie de escuela que se hubiera dedicado a este quehacer biográfico. De hecho, algunos críticos creen que bastantes de ellas fueron obra de un tal Uc de Saint Circ, él mismo un trovador, entre 1217 y 1254 y tampoco se excluye que algunas procedieran de los propios juglares, habiendo sido escritas por ellos mismos.

El valor histórico de estas *Vidas* es muy debatible, igual que ocurre con

otros relatos de la época, escritos sin una metodología rigurosamente científica. A veces hay elementos posiblemente legendarios, derivados de los contenidos de las propias poesías, como cuando se describe a Peire Vidal disfrazado de lobo en la vida real, quizá porque en uno de sus poemas se cuenta esta peripecia. Estos escritos biográficos, que no están en verso, constituyen una de las más bellas muestras de prosa provenzal y en ocasiones encierran valores narrativos de indudable mérito: la aventura del beso robado de Peire Vidal, la del cadáver de la esposa de Guilhem de la Tor, la del corazón de Cabestany, etc. Estos relatos influyeron sobre los cuentos de *Il Novellino* italiano y también sobre el propio Boccaccio. Este último es suficientemente conocido, *Il Novellino* no lo es tanto. Se trata de una colección de cincuenta cuentos, recogidos por Masuccio Salernitano, nombre con el que fue conocido Tommaso Guardati, que vivió en Italia, en el siglo xv. La primera edición de la obra es de 1476, justamente un año después de la muerte del propio Masuccio.

Los juglares, los interpretes, suelen ser distintos de los trovadores, y de inferior condición social, pero hubo juglares que llegaron a trovadores (como es el caso de Albertet, Aimerie de Sarlat, Uc de la Bacalaria, etc.) y, al revés, también hubo trovadores que por azares de la fortuna acabaron siendo juglares. En conjunto, si se piensa un poco, la situación es bastante parecida a la actual, con la división de roles entre los autores de canciones y los cantantes que las interpretan ante el público. Lo cual no

quita para que haya casos de cantautores, que ejercitan ambas funciones. Ya dijimos que la poesía trovadoresca no es una poesía popular sino culta, en la que se supone una formación literaria para los autores. Y, en efecto, han llegado hasta nosotros diversos tratados para enseñar a componer, como el ya mencionado de Ramón Vidal de Besalú, *Razós de trobar*, que fue la primera gramática escrita en lengua romance. Otro muy famoso es el titulado *Leys d'amors*, redactado por el jurista tolosano Guilhem Molinier, a iniciativa del consistorio de la Gaya Sciencia, que desde 1323 intentaba restaurar la poesía trovadoresca, ya en decadencia por entonces. Este último es el más extenso de estos tratados, con gran riqueza de partes retóricas, estilísticas y relativas al arte de la versificación e influenció notablemente a otras obras posteriores. Digamos ahora que la poesía provenzal, al igual que otras románicas, se basa en el número de sílabas y en la rima. Lo que nosotros, modernamente, llamamos verso era llamado *bordó* y la rima era llamada indistintamente *rim* (masculino) o *rima* (femenino). Era rigurosamente consonante; a la asonante se la conoce despectivamente como *sonansa borda*, o sea bastarda, y es considerada un recurso pobre, al contrario de lo que sucede en la epopeya y en las composiciones de tipo popular, que utilizan casi siempre esta rima asonante. La estrofa es llamada *cobla*, por los trovadores y los tratadistas. Es una unidad melódica que se repite a lo largo del poema, con la misma estructura en cuanto al número de versos y rimas.

Podemos distinguir distintos géneros, dentro de esta poesía trovadoresca, pero no nos detendremos en esto aquí, para no hacer interminable esta sencilla charla. Diré simplemente que, por el tipo de versificación, se pueden distinguir: la balada (de *balar*, bailar, en provenzal), la dansa, la viadeira, la estampida (procedente, en realidad, de la Francia situada más al norte, sólo hay 6 provenzales), el descort, etc. Por el contenido: la cansó (chansó, chanson, canson, etc., con nombres algo diferentes, según las zonas lingüísticas y las costumbres de los amanuenses), el sirventés, el gap, el sirventés-cansó, la cansó de crozada (para levantar los ánimos en favor de las expediciones religioso-militares hacia España y ultramar), el planh (el lamento, la oración fúnebre), la albada o alba (género que describe el enojo de los enamorados al separarse), la pastorela (composición delicada, que narra generalmente el encuentro en pleno campo de un caballero y una pastora). En la albada, los enamorados cuentan muchas veces con una tercera persona que hace de vigía (*gaita*), para evitar que los amantes sean descubiertos y tiene también la ingrata misión de recordarles que el tiempo pasa, huye, y muy aprisa cuando se es feliz. Es injusto, pero, en ocasiones, al ser despertados por el gaita, los enamorados protestan y hasta lo maldicen, cuando éste les avisa de que ha salido ya la primera estrella de la mañana. Se conservan nueve albadas, o albas, provenzales. Hay también un tipo de alba religiosa, «a lo divino», en el que el amanecer representa la luz, la glo-

ria del cielo, la gracia, incluso la Virgen y, por el contrario, la noche se identifica con la oscuridad y el pecado. La situación que se pinta en las albas ha sido motivo poético en muchas, en casi todas, las literaturas: griega, helenística, latina, china, las germánicas, etc. Las pastorelas son más frecuentes en el norte y se han conservado 130 en francés y sólo unas 25 en provenzal. Hay que señalar que existen evidentes derivaciones de este género en la poesía gallego-portuguesa y en las serranas y serranillas castellanas. Estas pastorelas tienden a contraponer dos estamentos sociales muy diferentes: el caballero cortesano y la rústica pastora. En cuanto a la resolución final del casual encuentro hay para todos los gustos. La pastora puede ceder a las pretensiones del caballero, tras un forcejeo dialéctico más o menos prolongado, como viene ocurriendo, por lo demás, con todo tipo de mozas, y no sólo las pastoras, en todos los tiempos. O puede no ceder, alegando los más justificados motivos. En una pastorela escrita por Joan Esteve, la joven no cede, porque no le da la gana, en primer lugar, pero también —explica— porque se quiere meter a monja. Bueno, pues es una excusa como otra cualquiera y hasta de las mejores. La localización geográfica, precisa, del lugar en que ocurre el encuentro es típica de estos poemas. Para darle más realismo a la situación, seguramente.

Son frecuentes también en esta poesía trovadoresca las composiciones en las que se despliega un diálogo entre trovadores. Se debaten cuestiones, que pueden ser más o menos trascenden-

tes: la licitud o el valor del amor conseguido por interés, la posible identidad de la dama a la que se refiere un determinado poema, la conveniencia del ingreso en un convento, etc. En la *tenso* (disputa) el diálogo es entre dos trovadores y sobre los temas más variados, desde los más delicados hasta los más groseros, como el que se refiere a las ventosidades corporales, en el que nos detendremos después y que se repite más de una vez en este conjunto de canciones. A veces, el interlocutor del poeta no es otro poeta sino que el trovador pregunta o charla con una golondrina, con su caballo, etc. El *partimen* o *joc partit* plantea desde el principio un problema con dos soluciones; el trovador pide al contrario que escoja una de las dos, la que prefiera, y él se compromete a defender la contraria. En el *tornejamen*, son varios, no solamente dos, los trovadores que intervienen en el debate (la misma diferencia que existe entre *torneo* y *justa* en las competiciones de armas entre caballeros). La *cobla* es un debate muy breve, que consta sólo de una o dos estrofas.

Hemos dicho ya que la poesía trovadoresca es una poesía culta, claramente alejada de lo popular, con las restricciones que ya se mencionarán. La métrica es complicada, la melodía exige conocimientos de música que no son universales, ni mucho menos. Hay reglas inviolables que se han de conocer para confeccionar reglamentamente el poema. Como consecuencia de todo ello, resulta lógico pensar que la tarea de los trovadores es una tarea lenta, que reclama concentración y calma. Los testimonios de los propios

poetas confirman estas suposiciones. Bernart Martí, por ejemplo, dice que, a pesar de que está constantemente haciendo versos, sólo termina dos o tres canciones al año. Han de saber música, que en la época formaba parte del ciclo de enseñanza superior, el *quadrivium*. Muchas de las escuelas monásticas enseñaban música y es muy probable que bastantes de los trovadores aprendieran allí los rudimentos de su arte. Existen varios tratados que enseñan el arte de escribir. Uno de ellos es la *Rhetorica ad Herennium*, el más antiguo tratado latino de retórica conservado, de principios del siglo I a. C., atribuido durante un tiempo a Cicerón, pero que quizá tiene como autor a un tal Cornificius, y que tuvo múltiples ediciones a lo largo de toda la Edad Media; el propio *De inventione*, de Cicerón y el *Ars Poetica*, de Horacio. Estos fueron las fuentes principales de los tratados de artes poéticas que se escribieron, en latín, durante los siglos XI al XIII. Como se ve, estas composiciones poéticas exigen una pujanza y tradición cultural que afortunadamente existían en la zona geográfica en la que surge el movimiento trovadoresco. En efecto, en su *De bello gallico*, César, al hablar de los belgas, ya dice que *a cultu atque humanitate Provinciae longissime absunt*, indicando claramente el alto grado de civilización de la Provincia de las Galias, la zona meridional de la actual Francia, de la que deriva el nombre de Provenza, como ya dijimos, tan relacionado con la literatura a la que nos estamos refiriendo.

Dentro de este cuadro de complejidad cultural, se pueden distinguir escuelas y estilos más o menos elaborados. Ya desde la primera mitad del XII se puede hablar de un *trobar leu* y un *trobar clus*, lo que constituye un fenómeno interesante, que me propongo resaltar. Hasta los mismos trovadores se encasillan resueltamente dentro de una de estas categorías y, en ocasiones, llegan a atacar o vituperar a los del otro bando. El problema del estilo es debatido constantemente. En el trobar leu o leugier o pla, la versificación es sencilla, las palabras son más corrientes y la técnica poética puede ser considerada como fácil. En cambio, en el trobar clus, ric, car, escur, cobert, sotil, prim, etc., se dan las notas contrarias, que no hace falta especificar más. En este trobar más elevado se puede, además, hacer una distinción entre el trobar clus de Marcabré y el ric de Arnaut Daniel (equivalentes, en la literatura castellana de nuestro siglo de oro, al conceptismo y culteranismo o gongorismo). Estas diferencias en estilos, en realidad, se dan casi en cualquier época y en el terreno de la retórica medieval, por ejemplo, también se distinguía muy bien entre el *ornatus facilis* (via plana, sermo levis) y el *ornatus difficilis* (modus gravis, egregie loquor). En el segundo se emplean los tropos (metáfora, antítesis, metonimia, sinécdoque, perífrasis, alegoría, enigma, etc.), que apenas son utilizados en el primero.

La cansó de los trovadores es casi exclusivamente amorosa y está al servicio de las damas. Muchas cosas que, con nuestra óptica actual, podrían pa-



recer simples lugares comunes, son la expresión de un estilo de vida peculiar y nuevo, propio de la época. Son algo más que puras fórmulas. Fue Gaston Paris en 1883, en un estudio sobre el *Lancelot* de Chrétien de Troyes, quien puso en circulación la expresión *amour courtois*, equivalente al *fin'amors* provenzal, para designar el tipo de amor que impregna la literatura a la que nos estamos dedicando. En el propio *corpus* de la poesía trovadoresca, ya Peire d'Alvernia había utilizado una expresión muy parecida: «cortez'amor de bon aire» (amor cortés de buena índole). Es cierto que algunos de sus rasgos no son únicos o exclusivos de este movimiento y se encuentran ya incluso en la poesía egipcia de dos mil años antes de nuestra era y en los más antiguos versos europeos, como hizo notar Peter Dronke, en su *Medieval latin and the rise of European love lyric*, de 1968. En cualquier caso, el tema central y casi exclusivo de esta lírica particular es el amor del hombre a la mujer. Por cierto que, si analizamos ciertos versos a la luz del léxico habitual del feudalismo, veremos que adquieren un significado profundo que podría pasar fácilmente inadvertido al lector moderno. En estos poemas nos encontramos, en efecto, con términos jurídicos, que son los mismos usados en las fórmulas feudales: *directum*, *ratio*, *servus*, el rito de la *imixtio manum*. Términos que están cargados de un sentido profundo y evidente para los poetas y las audiencias de la época. Resulta claro en muchos casos que los trovadores han usado, como metáfora para sus com-

posiciones, las relaciones que se daban en ese momento entre señor y vasallo. Así, por ejemplo, el poeta enamorado es el *om* (vasallo) y la mujer es la *domna*, la dómina, la señora, en el más alto sentido feudal. De esta palabra, dómina, derivaron las palabras *dame* y *dama*, del francés y español, respectivamente. Pero también la forma *dama* se convierte a veces en *midons*, una curiosa forma masculina, que deriva de *meus dominus*. Igual ocurre en la poesía gallego-portuguesa, que tiene la construcción *mia senhor*, y también es idéntica, curiosamente, la costumbre árabe de designar a la mujer amada con expresiones masculinas: *sayyidí* (mi señor) y *mawlaya* (mi dueño). Se trata de un fenómeno peculiar y que parece repetirse en este tipo de poesía de exaltación amorosa, en localizaciones geográficas diversas.

El amor que se canta y se vive en esta lírica trovadoresca no es el mismo que se da en la rusticidad, en la villanía. De hecho, es precisamente esta nueva forma de entender el amor lo que caracteriza a este movimiento poético que surge, espléndido y de forma relativamente inesperada, en la Europa del siglo XII. Claro que no siempre es ese amor idealizado el que inspira a los trovadores. Andrea Capellanus, en su famoso tratado *De amore*, explica el *amore rusticorum*: *sed naturaliter sicut equus et mulus ad Veneris opera promoventur*. Pues bien, también se da así, con estos caracteres absolutamente prosaicos y animales, en la lírica que estamos estudiando y Guilhem de Peitieu compara en algún momento a sus amigas con caballos y

utiliza formas agresivas y zafias. Aun así, el amor cortés pretende ser un amor diferente y sublime; es el *ars amandi*, la *fin'amors*, la *verai'amors*, la *bon'amors* (téngase en cuenta para entender cabalmente la construcción de estas expresiones que la palabra amor en provenzal es femenino).

Este amor delicadísimo, espiritual, sublime, que recuerda al amor *udrí* de la cultura árabe, ¿fue realmente así, en la realidad? La pregunta no tiene una fácil e incontrovertible contestación. ¿Hasta qué punto es sincero este amor de estos poetas cortesanos? Los trovadores tenían la obligación de cantar las excelencias, la belleza, la gracia, los modales, de las señoras que ocupaban los cargos más elevados en las cortes medievales, y esto es muy difícil de hacer sin que se añada, de manera más o menos fingida, el afecto, la fijación amorosa. Pero es un amor depurado, limpio, espiritual y que puede ser socialmente tolerado por los maridos. Claro que también se puede convertir, de manera más o menos súbita y reconocida, en amor real, marcadamente humano y hasta en amor apasionado. Incluso entonces, las complejas ceremonias del homenaje vasallático pueden metafORIZAR situaciones más sensuales y convertirlas en relativamente inofensivas: el contacto de las manos y el osculum en la boca son fórmulas de vasallaje, también entre personas del mismo sexo. Porque, a fin de cuentas, el trovador ha de ser siempre un ejemplo de medida (*mensura*), de moderación. En estos poetas cortesanos se supone un sentido de la justicia, de lo razonable y sensato, capaz de

contener la pasión dentro de los límites de lo permitido y tolerable. Alguien ha tratado de resumir, diciendo que el cuerpo de la amada pertenecía al marido, mientras que el alma era el dominio del amante. Es un mundo habitado por extraordinarias virtudes, como la largueza o *larguetat*, la generosidad (*larc* es generoso), contrarias a la avareza (avaricia) y *escarsetat* (mezquindad). Todo esto crea un ambiente de refinamiento y de contención en el que parece que nada inapropiado podría ocurrir. En las mismas damas, el *ensenhamen* (la enseñanza) que han recibido, por haber nacido en tan altas cunas, corresponde a nuestro concepto actual de educación exquisita, buenos y apropiados modales y cultura, y podría equivaler igualmente a lo que en nuestro siglo de oro se consideraba y nombraba como discreción, la prenda de máxima conceptualización en dicho ámbito cultural.

En correspondencia con todo esto, el sentimiento de *joy* o *joi*, descrito frecuentemente en la poesía trovadoresca, que embarga al poeta cuando la dama demuestra que es sensible a sus requerimientos de amor, adquiere la forma de una exaltación interior y pura, un estado del espíritu que eleva al hombre por encima de sí mismo, una alegría tan violenta que el ser se siente renovado. Es verdad que este *joy* no siempre aparece desligado del deseo y del placer amorosos, pero incluso entonces todo podría contenerse dentro del límite de lo permisible, sin transgresiones importantes o definitivas. Es evidente, y todo eso se percibe en cuanto nos adentramos en

este complejo mundo trovadoresco, que existe una gradación del amor, de la actitud del enamorado, respecto a la dama. Estos escalones serían, quizá como también en todas las épocas: fenhedor (tímido), pregador (suplicante), entendedor (enamorado tolerado) y, finalmente, drutz (amante), cuando la dama lo admite en el lecho. Vemos, pues, que, en muchos casos, el llamado amor cortés aspira a un fin muy concreto, material y determinado: el *fach* (o *fait*). El *fach* es el acto de la copulación, el último grado de los cinco que un tratado medieval considera en el amor. *Gradus amoris sunt hii: visus et alloquium, contactus, basia, factum* (\*). Revisando la literatura, leo en alguna parte que las fases de amor en la cultura china son parecidas, pero incluyen el canto en la penúltima. Supongo yo que se tratará de canciones más bien cortas, que no distraerán demasiado ni demandarán excesivas facultades (lo único que faltaba!). En un tiempo, los provenzalistas pensaron quizá en el amor puramente platónico como el dominante en esta lírica particular y establecieron que se trataba más bien de divagaciones sobre la pasión amorosa que de auténtico amor. Y esto es así, verdaderamente, para algunos trovadores. Stanislaw Stronski llegó a escribir, sobre este mundo erótico enigmático: «ne cherchez pas de femme. Ces chansons sont des dissertations sur l'amour et non pas des expressions d'amour» (\*\*). Pero insisto en que parece que no siempre fue así.

Había trovadores que pretendían, claramente, la unión carnal con la dama. Si no fuera este el caso, no existiría el género del alba, en el que se supone consumada la unión entre los amantes. Las trovadoras, que son algunas en la época, como ya señalamos, expresan los mismos afectos y emociones y asumen la misma función de rendido vasallaje respecto a la persona amada, que es típica de los trovadores masculinos. Si las damas se expresan tan apasionadamente como los hombres y traslucen los mismos sentimientos y deseos, suponer que los trovadores eran unos platónicos significaría, como alguien ha hecho notar con agudeza y gracia, dudar de la hombría de seis generaciones sucesivas de poetas.

Aparte de las consideraciones más o menos filosóficas, de hecho, en las vidas y razós se recogen amores realizados, consumados, entre trovadores y damas. Aunque, para acabar de complicar las cosas, también conviene tener en cuenta el llamado *assai* o *assag* (ensayo, prueba), es decir, el *concupitus sine actu*, que es la situación que parece desprenderse de algunos textos. Es decir, el hecho de que el trovador y la dama puedan yacer juntos en el mismo lecho, incluso durante toda la noche, sin tener nada que reprocharse (ya sé que, para algunos, esto sería absoluta e infinitamente reprochable y puede que hasta con cierta razón). No es raro el fenómeno; esto mismo aparece en la famosa noche de amor entre Perceval y

(\*) Los grados del amor son estos: la visión, la conversación, el contacto, los besos y el hecho.

(\*\*) No busquéis la mujer. Estas canciones son disertaciones sobre el amor y no expresiones de amor.

Blancheflor en *Li contes del Graal* y en varios episodios de las relaciones entre Tirant y Carmesina, la hija del emperador de Constantinopla, en el *Tirant lo Blanch*. La verdad es que con estas circunspecciones se evitan indudablemente el deshonor manifiesto y las consecuencias indeseables de los acontecimientos últimos (que a veces pueden hasta ser los primeros). Perceval, en *Li contes del Graal*, de Chrétien de Troyes, siguiendo los consejos de su madre, practica así las reglas de la *fin'amors* en el castillo de Belrepeire, con la hermosa doncella Blancheflor:

Plorant est de la chambre issue  
 et vient au lit ou il se dort,  
 et plaint et sozpire molt fort,  
 si s'acline, si s'ajenoille  
 et pleure si qu'ele li moille  
 de ses larmes tote la face.  
 Tant a ploré que cil s'esveille,  
 si s'esbahist molt et merveille  
 de sa face qu'il sent moillie,  
 si voit celi ajenoillie  
 devant son lit, qui le tenoit  
 par le col embrachié estroit.

...

«Lez moi vos traiez en cest lit,  
 qu'il est assez les a oex nous;  
 hui mais ne me laisserez vos.»  
 Et eje dist: «S'il vos plaisoit,  
 si feroie.» Et ille baisoit  
 et en ses bras le tenoit prise,  
 si l'a saz le covertoir mise  
 tot soavet et tot a aise;  
 et cele soffre qu'ille baise,  
 ne ne quit ras qu'il li anuit.  
 Ensi jurent tote la nuit,  
 li uns lez l'autre, boliche a boliche,  
 juisqu'al main que li jors aproche.

Tant li fist la nuit de solas  
 que boliche a boliche, bras abras,  
 dormirent tant qu'il ajorna.

[Llorando (Blancheflor) ha salido de la habitación y va a la cama donde él (Perceval) duerme, y lamentándose y suspirando mucho, se postra y se arrodilla y llora hasta que le baña con sus lágrimas toda la cara. Tanto ha llorado que él se despierta y se admira mucho al sentir su cara mojada, y la ve a ella arrodillada ante su lecho, y que lo tenía abrazado por el cuello estrechamente... «Echaos a mi lado (dice Perceval) en esta cama, que es suficientemente amplia para los dos; hoy no me abandonaréis». Y ella dice: «Si os place así lo haré». Y él la besaba y en sus brazos la tenía estrechada, y la ha colocado bajo las sábanas muy suavemente y con mucho cuidado; y ella tolera que la bese, pues no pienso que ello la enoje. Así yacieron toda la noche, el uno al lado del otro, boca con boca, hasta la mañana que atrae al día. Tanto solaz recibieron durante la noche, que boca con boca, brazo con brazo, durmieron hasta que amaneció].

Resulta lícito que el agudo lector se plantee una cuestión no baladí: y si recibían tanto solaz, ¿cómo es que se durmieron... y hasta el amanecer? Porque para dormir siempre hay tiempo y tampoco conviene desaprovechar las ocasiones, puede argüir, con lógica implacable. Yo no sé qué contestar a estas objeciones, salvo que la humana naturaleza es muy variada y a veces derechamente incomprensible. En cualquier caso, también hay ciertas actitudes de amor cortés, de amor sublime y espiritual, desgajado

de la carne, en la literatura de nuestra propia Edad Media. Es, por ejemplo, el limpio o buen amor del Arcipreste de Hita, cuando se enamora de la monja doña Garoça:

Fuime para la dueña, fablóme e  
[fabléla,  
enamorome la monja e yo enamoréla.  
Recibiome la dueña por su buen  
[servidor;  
siempre le fui mandado e leal amador;  
mucho de bien me fizo con Dios en  
[limpio amor.

Y más aún, cosas parecidas pueden ocurrir en la realidad. Así se nos cuenta en la *Crónica del Condestable Miguel Lucas de Iranzo*, que el día de su boda: «se retrayó (sic) a su cámara con la señora condesa. Y aquella noche consumió el matrimonio por cópula, puesto que desde un año antes, según se decía, muchas veces la tuviese consigo de día y de noche en una cama, como marido e mujer, pero jamás quiso cometer tal acto fasta la noche de su velación». Con toda la razón del mundo y el natural asombro, el cronista alaba este amor puro: «¡Oh fecho maravilloso, digno de ser loado! ¡Oh virtud singular, en muy pocos fallada, mayormente en tan nueva edad y do tanta beldad consistía!». Por cierto que este pobre Lucas de Iranzo fue asesinado mientras oraba de rodillas en las escaleras de la capilla mayor de la catedral de Jaén, en el año 1473, golpeándole en la cabeza con el mocho de una ballesta.

Muchas de estas fantasías amorosas, de estas aventuras, pueden tener una explicación por el hecho de que en

gran número de casos los matrimonios de la época no eran fruto del amor, sino de los intereses dinásticos o políticos, por lo que era más fácil que surgiera este delicado sentimiento en las posibles uniones de las damas con sus trovadores, mucho más libres y apasionadas. Por ello, frente a este amor desinteresado y puro, aparece con frecuencia en esta literatura la figura del marido irrazonable y excesivamente celoso (gilós), que no despierta grandes simpatías entre los oyentes, que se decantan claramente a favor del amante trovador y su dama. La gelosía se la ve a veces como un aspecto de la «avareza», una necesidad arbitraria e injusta de querer ser el único en la posesión de cualquier bien codiciable.

En estas relaciones, sean del tipo que sean, hasta en los casos de castidad más acreditada, se impone siempre el secreto y es obligado no revelar el nombre de la dama objeto de la pasión, a la que es costumbre designar por un seudónimo (*senhal*), que puede tener un sentido o significado concreto. Las *leys d'amors* lo prescriben así. La *senhal* ya aparece en el primer trovador, Guilhem de Peitieu, en algunos de cuyos versos encontramos los nombres ficticios de «Bon Vezi» o «Mon Esteve». Estos seudónimos, a veces se emplean también entre personajes no envueltos en una relación amorosa, entre simples amigos, funcionando entonces como una especie de clave.

Los trovadores son siempre cristianos; quiero decir que no hay casos de trovadores judíos o árabes, y suelen tener una formación religiosa. Por ello existió también esa *cansó de cro-*

*zada*, que ya mencionamos, y hay composiciones de carácter netamente religioso en algunos de ellos. Existen, por ejemplo, las llamadas albas «a lo divino», como una de Cerverí de Gerona, que incluso se ha postulado como inspiradora de los primeros versos de la *Commedia* del Dante. Por cierto, ocurre que al cantar a la Virgen María, los trovadores lo hacen con el estilo con que solían hacerlo a las damas, fenómeno que no tiene que ser difícil de entender para nosotros, los lectores españoles, habituados a piropear cariñosa y fervientemente a muchas de nuestras diferentes vírgenes, sobre todo en Andalucía.

Para terminar esta parte, querría hacer constar que, junto a esta poesía culta, también hay en la época una poesía lírica popular, mucho más escasa, y hay trovadores que se acercan mucho a ella. Esto se nota incluso en el hecho de que estas composiciones suelen ser anónimas, en contraste con las de carácter más culto, que son siempre atribuibles. Dentro de esta forma más popular, de las nueve baladas provenzales que existen, seis son anónimas y las otras tres son de Cerverí de Gerona. De las treinta *dansas*, diez son anónimas. Puede hablarse así de una lírica trovadoresca «popular» (sobre todo, en los géneros del alba, pastorela, balada) y otra aristocrática (canso, sirventés, planh). En la obra de Guillem de Berguedà, por ejemplo, es muy frecuente el aprovechamiento de refranes y melodías populares. También hay rasgos de humor, a veces muy chocarrero, como sucede con el tema de las ventosidades corporales, al que

aludimos antes, que fue tratado dos veces por Arnaut Catalan. En efecto, la muy famosa canción de Bernart de Ventadorn *Can vei la lauzeta mover de joi sas alas* (Cuando veo a la alondra mover de gozo sus alas), en la que muy probablemente se inspiró Dante Alighieri para escribir la primera estrofa del canto XX del *Paradiso*, proporcionó estrofismo y rimas para unas coblas de Catalan en las que habla del posible uso de los gases anales para propulsar los navíos. También la delicada canción de Bernart de Ventadorn *Can la frej'aura venta* (Cuando sopla el aura fría) fue el motivo para la sucia parodia *Quand lo pet del cul venta*.

Dijimos ya algo sobre las posibles influencias de la lírica y el mundo cortes árabe en la lírica europea. Aparte de Julián Ribera, Ramón Menéndez Pidal, analizó también algunos rasgos de la poesía árabe que parecen reflejarse en la provenzal. Muchos argumentos explicarían esta posible influencia. La relación entre el sur de Francia y los reinos del norte de España es frecuente e intensa en esta época. Guilhem de Peitieu (el duque Guillermo de Aquitania) conoció bien las cortes españolas, como veremos más tarde. La influencia de Oriente, el ultramar en este contexto, es más dudosa, ya que la primera cruzada se emprendió en los años 1096 y 1099 y Guillermo de Peitieu es anterior. Desde luego, sería más probable el influjo de los árabes españoles, del Al-Andalus, y de las cortes arabizadas de los monarcas cristianos españoles. Los contactos de los nobles franceses con los reyes españoles ya hemos

dicho que son frecuentes. Muchos franceses vinieron a Aragón en tiempos del rey Alfonso el Batallador, desde tiempos anteriores al duque Guillermo. En la conquista de Barbastro (1064), por ejemplo, tomaron parte muy activa caballeros normandos y del sur de Francia y hay testimonios interesantes de estas intensas relaciones en la *Dahira* de Ibn Bassam. Se cuenta en ella la anécdota de que, algún tiempo después de la conquista de esta ciudad de Barbastro, un comerciante judío se dirigió allí a fin de rescatar a las hijas de un rico musulmán, cautivas y en poder de, precisamente, un conde francés, uno de los conquistadores. Llegado a la ciudad, se hizo anunciar al caballero francés, que recibió al comerciante revestido con hábitos preciosos, sentado sobre un rico diván. Cerca del conde se encontraban varias hermosas muchachas, que tenían los cabellos muy cortos y que le servían. Dándole la bienvenida, le preguntó el conde el objeto de su visita. El comerciante le informó que tenía autorización para pagar una suma considerable por el rescate de algunas de las muchachas que se encontraban allí, pero el conde, después de rechazar la propuesta, hizo sacar a una de las cautivas montones de telas de seda y de brocados preciosos, oro, plata y alhajas sin cuento, y dijo: Aunque no tuviese nada de esto y me ofrecieses mucho más, no te las cedería, pues ésta que ves aquí es mi predilecta, y aquella otra, de extraordinaria belleza, es una incomparable cantora. Después, chapurreando el árabe, mandó a la cautiva que cantase. La morita, al

templar el laúd, no pudo contener una lágrima de desolación y nostalgia, que el cristiano enjugó cariñosamente; luego comenzó a cantar versos en árabe, mientras el conde escuchaba, haciendo sorprendentemente gestos de complacencia y embeleso, como si entendiese el aire de aquella canción. Acabado el canto, el cristiano despidió al judío, encareciendo de nuevo el placer que recibía de las cautivas, muy preferible a todas las riquezas que el padre de ellas ofrecía para rescatarlas. Como se ve, pocos elementos de conmiseración o justicia entran en este relato.

La importancia de este episodio para explicar la influencia árabe en el mundo trovadoresco es indudable y se complementa con una breve noticia de Yaqūt que, en el artículo sobre Barbastro de su *Diccionario geográfico*, nos dice que de esas moritas cautivas, una de cuyas preciadas habilidades era el canto, se llevaron los conquistadores franceses de Barbastro millares a su país, y que hasta al mismo soberano de Constantinopla le llegaron siete mil de estas muchachas de élite. Según otro historiador árabe, Ibn Hayyan, al capitán de la caballería del Papa le correspondieron mil quinientas de estas refinadas cautivas, y este capitán no era otro que Guillermo, el VIII duque de Aquitania, padre del noveno duque, Guilhem, el primer trovador provenzal, tantas veces citado. Estas anécdotas ponen de relieve las posibilidades de que la exótica canción árabe pudiese ejercer entre los pueblos cristianos de Occidente una decidida influencia

por vía oral que, aunque difusa, hubo de ser dilatada en el tiempo.

También jóvenes cristianos, y no sólo de España, se instruían en las cortes del mundo musulmán, por ejemplo en la de Córdoba del siglo XI, y el célebre médico Ibn al-Kinani, según testimonio de Ibn Bassam, se vanagloriaba de educar esmeradamente a jóvenes cristianos, que luego volvían a sus países de origen. En contra de la influencia árabe está el hecho indisputable, y difícil de explicar, de que la lírica trovadoresca se desarrollara antes en el Limousin y el Poitou que en la Septimania, Castilla, Cataluña o Portugal, que eran las regiones más inmediatamente vecinas y con más estrecho contacto con los reinos árabes de la península.

No es nuestro propósito hacer un estudio detallado de las notas distintivas de la lírica trovadoresca, ya que nos concentramos en los aspectos más biográficos de sus creadores. Pero, por señalar algunas de las más conspicuas características de esta poesía, podríamos citar las siguientes: 1) Superioridad de la amada. 2) Obediencia y servicio amoroso del amante (muy diferente en Ovidio, por ejemplo). 3) Sufrimiento gozoso (en vez de la *renuntiatio amoris*). 4) El amor sin recompensa. 5) El amor puro (amor udrí y la fin'amors, el assay o assag). 6) El amor secreto. 7) El amor de oídas o lejano (*amor de lonh*). 8) El tema de la albada. 9) La brisa como portadora de nuevas. 10) Evocación de la primavera. 11) Catervas perturbadoras de los amantes. 12) Los efectos del amor. 13) El amor cortés y el descortés.

El trovador que en los cancioneros aparece como Coms de Peitieu fue, históricamente, Guilhem, VII conde Poitiers y IX duque de Aquitania (1071-1126). Pertenece a aquellos trovadores de los que hemos dicho que, por su alta categoría social, están abundantemente documentados en los textos de la época. Sabemos que nació el 22 de octubre del año 1071 y era hijo de Gui-Geoffroi y de Audearda, hija del duque de Borgoña. Al matrimonio se había opuesto la Iglesia, por razones de consanguinidad, lo que obligó al padre a peregrinar a Roma, en 1076, para que el Papa, Gregorio VI, reconociera la legitimidad del futuro trovador. Guillermo disponía de más territorios que el propio rey de Francia, de quien era, sin embargo, vasallo. En marzo de 1101 se cruzó y marchó a Jerusalén, con mala fortuna, ya que la expedición cayó en una emboscada en Asia Menor y hubo una gran mortandad entre los cruzados, aunque Guillermo logró escapar y pudo refugiarse en Antioquía. Cuando se embarcó de vuelta, una gran tempestad le obligó a regresar a Antioquía, hasta que pudo llegar finalmente a Poitiers en octubre de 1102, tras un año y medio de ausencia. En 1114 fue excomulgado por el obispo de esa ciudad, por sus escandalosos y extramatrimoniales amores con la vizcondesa de Châtelleraut. Tras la conquista de Zaragoza por los moros, el rey de Aragón, Alfonso el Batallador, llamó en auxilio a nuestro vecino y este mismo duque de Aquitania, al que le habían levantado la excomunión en 1117, acudió con 600 caballeros en su ayuda y participó en la



batalla de Cutanda, que se dio el 17 de junio del 1120, y que posibilitó la reconquista de Calatayud y Daroca. Guillermo murió en 1126, en Poitiers, y fue enterrado en la abadía de San Juan Evangelista, en Montierneuf. Su primera esposa, Ermengarda de Anjou –una unión que duró muy poco, pues ya en 1092 aparece en las crónicas casada, en segundas nupcias, con el duque de Bretaña– se retiró, todavía en vida de este duque, a la hermosa abadía benedictina de Fontevrault. Se casó Guillermo, por segunda vez, en 1094, con Felipa de Tolosa, hija del conde de Tolosa, pero esta, harta de las infidelidades del marido, también se retiró a la misma abadía de Fontevrault, hacia 1115, acompañada de su hija Audearda. Lo que dijera del duque, en las dulces penumbras de los claustros, en los lánguidos atardeceres de los tibios veranos de Anjou, las dos sucesivas esposas no viene en ninguna crónica, pero yo creo que nos lo podemos imaginar perfectamente. Lo pondrían como hoja de perejil, seguro. La rica abadía había sido fundada, en 1099, por un bretón, que se llamaba Robert d'Arbrissel (1050-1117), reconocido asceta y gran orador sagrado, que atrajo hasta sus numerosas fundaciones a las más encumbradas damas de Francia (*la crème de la crème*) y que inició un movimiento que otorgaba una importancia nueva a la mujer, con los monjes sujetos dócilmente a la autoridad de una abadesa, como los apóstoles habían estado sujetos y guardado obediencia a la Virgen María. El sexo femenino era el propio de la Virgen y por ello había de ser

ensalzado y honrado, ya que ningún otro ser humano había tenido su excelcitud. Fue un sentir muy intenso de respeto y sumisión en el que algunos han pretendido ver incluso un factor que pudo contribuir a la idealización de las damas en la propia poesía trovadoresca. A Guillermo no le hacía mucha gracia, por razones quizá obvias, el fundador de Fontevrault y encima tuvo que aguantar que apacentara y consolara espiritualmente a sus dos esposas y a su hija. Se lo tomó por el lado del humor y alardeaba de que él iba también a fundar una abadía, a la que «llenaría de putas y escogería por abadesa a la más hermosa». La utilidad de tal abadía entiendo que es enteramente cuestionable, pero el criterio escogido para seleccionar a la priora no me parece, en sí mismo, censurable. La belleza no deja de ser una muestra del buen hacer divino y atrae a los seres humanos tan irresistiblemente como la bondad. Quizá hasta más, si no se está atento.

Este Guillermo también tenía sus detalles y, por lo que respecta a su capricho con la vizcondesa, Maubergeonne de L'Isle Bouchard, a la que se conocía también con el nombre de *Dangerosa* (por algo sería), estaba tan contento el buen hombre, a pesar de lo prolongado del asunto, que llevaba pintado su retrato en el escudo, aduciendo, con irrefutable lógica, que quería tener a su lado en la batalla a la misma que tenía a su lado en la cama. Para simplificar las cosas, por razones de coherencia, entiendo.

Ya dije que un obispo lo excomulgó. Era el de Poitiers, de nombre Pedro,

y se cuenta que cuando, con la debida solemnidad, empezó las fórmulas apropiadas en el tranquilo y velado interior de la catedral, el duque se fue hasta él, lo cogió de los cabellos, sacó la espada y le gritó: «Morirás ahora mismo si no me absuelves». Pero aquí tropezó, como a veces ocurre, con alguien de la misma madera. El obispo le contestó, sin inmutarse: «Hiéreme, hiéreme». El duque se amilanó —por decirlo finamente—, no se atrevió a tanto, y se limitó a encarcelarlo primero, y a desterrarlo después.

El duque lo quería tan mal que le dijo públicamente que no entraría en el cielo si tenía que ir de su mano. Actitud no muy razonable, si uno considera fríamente las ventajas e inconvenientes de la decisión, pero así somos los seres humanos. Más tarde, otro obispo, nombrado Girard, de Angulema, que era también legado pontificio, lo volvió a excomulgar, por las mismas razones. Si uno se pone en el lugar del duque, también es comprensible que el buen hombre estuviera un poco harto de tanta reincidencia en las condenas, ocasionadas, al fin y al cabo, por una cierta y rara forma de fidelidad, aunque *non sancta*. El hecho es que tampoco se lo tomó bien, pero esta vez reaccionó más por el lado de la ironía. Y le dijo al obispo, que era lo que se dice completamente calvo: «Antes te peinarás tú los cabellos que yo abandone a la vizcondesa». Si esta contumacia, si esta desusada fidelidad a ultranza, la hubiera desplegado con su esposa, otro gallo le hubiera cantado y andaría el duque en la boca de las gentes

de bien y orden. La vida es así, quizá injusta en muchas ocasiones.

Los historiadores y los cronistas contemporáneos dijeron de Guillermo que «era enemigo de todo pudor y de toda santidad», que «era vehemente amante de mujeres» y que «era fatuo y lúbrico y se revolcaba en el fango». Pero también reconocían que era divertido y que «en sus chistes superaba a los histriones más graciosos». Y también dijeron que era muy capaz de hacer versos y esto confirma, precisamente, sin lugar a dudas, que el Coms de Peitieux, que aparece en los cancioneros, es el propio conde de Poitiers.

Escribió sólo once poesías, de una perfección formal notable, influenciadas probablemente por los cantos religiosos latinos, con versos rimados y estrofismo de metros varios, en los que eran maestros los frailes de la famosa abadía de San Marcial de Limoges, situada dentro de sus propios dominios territoriales. En una de sus canciones, escribió con calculada ambigüedad, porque no acaba de concretar a lo que se refiere: «Me llamo el maestro seguro: nunca mi amiga me tendrá una noche que no quiera tenerme al día siguiente; porque yo, y de esto me envanezco, domino tan bien este oficio que con él sé ganarme el pan en todos los mercados». No deja claro, ya digo, a qué oficio o habilidad se refiere.

En resumen, fue impío, violento y amante de mujeres, pero escribió once poemas en los que supo plasmar las primicias del amor cortés, una forma de amar que se había ido fraguando lentamente en los siglos ante-

riores y empezaba entonces a florecer de una manera definitiva y plena, con caracteres de súbita explosión no enteramente explicables.

Ya dije que la extensión de estas vidas de los trovadores que aparecen en los cancioneros es muy desigual. La de Cercamón, uno de los más antiguos, natural de la Gascuña, es muy corta y sólo señala que recorrió (*cerquet*) todo el mundo (*mon*) hasta donde pudo llegar y por eso fue llamado Cercamón. De Marcabré, de la misma Gascuña, se dice que «fue engendrado en tal luna que sabe como Amor las gasta, pues nunca amó a ninguna, ni fue por ninguna amado». Y en estas condiciones, digo yo, no podría saber como las gasta el Amor. Conocería más bien las soledades, los infortunios de la falta de amor.

Entre los trovadores pertenecientes a las más altas categorías sociales se encuentra Jaufré Rudel, príncipe de Blaya (la actual Blaye, en la Gironde, en la margen derecha de la desembocadura del Garonne). Este es, además, quizá el más conocido ejemplo de un fenómeno muy característico de esta sociedad medieval y de la lírica trovadoresca. Me refiero al llamado «amor de oídas». Hay, en efecto, muchas formas de amor; déjenme decir sólo una palabra del llamado «*amor de lonh*», el amor lejano, el amor de oídas, cuyo máximo exponente, ya digo, fue quizá este trovador del siglo XII. Se enamoró tan perdidamente de una princesa —y sólo por lo que había oído a las gentes, por las alabanzas que de ella hacían los peregrinos que volvían de Antioquía— que le escribió los versos más apasio-

nados y se metió a cruzado, en la segunda cruzada, para poder verla, sólo por eso. Pasó la mar y sus peligros, llegó por fin a la tierra, y todo lo que prometía, y murió en el mismo momento de contemplarla. Se trataba probablemente de Melisenda, una princesa de Trípoli —en donde, por cierto, se hablaba entonces la lengua de oc— de la familia del conde de Tolosa. La princesa (otros la nombran condesa) llegó hasta su lecho y pudo tomar al moribundo entre sus brazos y él, al punto, recobró el sentido y agradeció a Dios que le hubiera permitido verla al final. Murió entre sus anhelados brazos y ella lo hizo enterrar en la casa del Temple y aquel mismo día se metió a monja.

He dejado escrito que se enamoró de la princesa Melisenda sólo por razones eufónicas, que Melisenda es nombre de hada y de fantasía, parecido al de Melusina, tan conocida y célebre en Lusignac y de la que tanto contó Mujica Láinez en *El unicornio*. En realidad, no se sabe muy bien de quien se trató, quién fuera la dama, aunque parece probable que Rudel se enamorara verdaderamente de una señora real, de carne y hueso, que residía en ultramar (*outra mar*) y a la que no había visto antes. Pudo bien ser una de nombre Melisenda, pero que no era princesa sino la hija de Raimon II, señor, entre 1137 y 1152, del condado de Trípoli, un condado cristiano en la costa libanesa, fundado por los condes de Tolosa. Pero también podría tratarse de Odierna, la madre de esa Melisenda, la propia esposa de Raimon II, nacida en 1118. O incluso pudo ser la mismísima Leonor de Aquitania, que con su

primer marido, Luis VII de Francia, había partido para Oriente, por tierra, por Pentecostés del 1147 y en el siguiente invierno estaba en Asia Menor. Nuestro trovador debió de partir en la expedición que capitaneaba el conde de Angulema, Guilhem II, que llegó por mar a San Juan de Acre el 13 de abril de 1148. Nada más se sabe, históricamente, del trovador y se supone que, efectivamente, murió en Tierra Santa. Desde luego, parece que Rudel pudo amar a una dama a la que no había visto; entre otras cosas, porque en su canción *No sap chantar qui so non di*, declara que ama a *cela qu'ieu anc no vi* (aquella que nunca vi).

El tema de la persona que se enamora de oídas, que no de vista, como también sucede en la historia de Montesinos y Rosafiorida, en el romance del mismo nombre (aquí la enamorada es ella), es muy viejo y de presencia ubicua. Existe en muchas partes y casi en todas las culturas, con posibles antecedentes incluso en San Agustín. Aparece, en términos muy similares a los utilizados por Rudel, en la carta de Paris a Helena, en el poema *Las Heroidas*, de Ovidio. En *El collar de la paloma*, de Ibn Hazem de Córdoba, en su capítulo segundo, se menciona el amor que nace por la simple pintura del amado, sin haberlo visto jamás. En el caso que nos ocupa ahora, Carl Appel ha podido hasta suponer que se trata de un amor metafórico, de carácter divino, y que la dama lejana y nunca vista era la Virgen María. En cualquier caso, este tema del *amor de lonh* está tan delicada y tiernamente abordado en Rudel, que Salvatore Battaglia afirma que este es el primer

poeta moderno de la pura nostalgia. Petrarca se refirió a él en su *Triunfo del amor* (IV, 523): «*Giaufré Rudel ch'usò la vela e'l remo / a cercar la sua morte...*» (Jaufré Rudel, que utilizó la vela y el remo para buscar su muerte). El tema, el de la vida destrozada y perdida por el amor, inspiró a Heine, Swinburne, Browning, Carducci, Rostand y tantos otros.

De otro trovador del que es necesario hablar es de Bernart de Ventadorn, del castillo lemosino del mismo nombre, que era de pobre ascendencia, hijo de un modesto sirviente del castillo y de una panadera. Pero a cambio de este pobre origen, le dio Dios bella y agradable persona y gentil corazón y le dio juicio y saber y cortesía y elegante hablar. Y «tenía sutileza y arte para encontrar buenas palabras y alegres sonos». Se deduce de esto que Bernart era de los trovadores que componían ellos mismos la melodía de sus canciones, ya que se hace constar expresamente que era «capaz de lograr alegres sonos». Para muchos es el mejor de los trovadores y uno de los más excelsos poetas de amor de todos los tiempos. Quizá todo se deba, como él mismo explica, a que su amor era auténtico. Esta nota de sinceridad es la que la crítica ha destacado siempre en su obra poética. Él se enamoró de verdad, como tantas veces es la regla, de la señora del castillo a la que servía, la vizcondesa de Ventadorn. Y, como ocurre en ocasiones, que no todo va a ser penar en esta vida, fue correspondido, sin que la dama reparara en las consideraciones dictadas por el buen juicio y decidiéndose a seguir su voluntad.

Muy larga sazón duraron sus amores, hasta que el vizconde se dio cuenta del asunto y quedó dolorido –lo normal– y mandó despedir al trovador para que se fuera con la música a otra parte. Y él partió y se fue a Normandía, donde la duquesa, que era joven, alegre y de gran valor y prestigio y que, por una vez, no estaba casada, lo recibió con gran placer. Y, naturalmente, también se enamoró de la duquesa. Y ella de él, se dice en la crónica, por lo que largo tiempo tuvo de ella gran alegría y felicidad. Hasta que apareció el rey de Inglaterra y la tomó por esposa y se la llevó más allá del mar y nunca la vio más, ni tuvo mensaje suyo. Así que luego, por el dolor y la tristeza que tuvo de ella, se hizo monje en la abadía cisterciense de Dalon, y allí perseveró hasta su fin. Se especula que la dama podría ser, otra vez, Leonor de Aquitania (como ya se mencionó, como posibilidad, en el caso de Jaufré Rudel), lo que no me parece probable. Lo que sí es cierto es que esta Leonor fue una increíble y extraordinaria mujer que subyugó a toda la Europa de entonces.

En otra versión de la vida de Bernart de Ventadorn, se cuenta que amó a una dama gentil y hermosa y tanto la sirvió y la honró que ella hizo todo lo que él quiso en dichos y en hechos. Y duró larga sazón su alegría en lealtad y en favores. Pero luego cambió la voluntad de la dama, porque quiso a otro amador. Y él lo supo y estuvo triste y dolido, y se propuso separarse de ella, pues le era muy gravosa la compañía del otro. Mas luego pensó, como hombre vencido por el amor, que le

era mejor tener la mitad de ella que perderla del todo, decisión que no me atrevería a calificar de irrazonable o insensata. Después, cuando estaba delante de ella, allí donde estaban el otro amigo y la demás gente, a él le parecía que ella lo miraba más a él, a Bernart, que al otro y a todos los demás, como nos suele ocurrir a todos en ocasiones semejantes. Y muchas veces ni creía lo que había visto anteriormente, de desamor hacia su persona, como también les sucede a todos los leales amadores, que no acaban de creer lo que ven con los ojos, cuando sea falta para su dama.

Girault de Bornelh también fue lemosino y de humilde extracción social y un trovador realmente notable, por lo que fue llamado maestro de trovadores y fue muy honrado por los hombres y por las damas que escuchaban sus canciones. Durante los inviernos tenía una escuela y enseñaba letras y durante los veranos se dedicaba a visitar las distintas cortes y llevaba consigo a dos cantores que interpretaban sus canciones; un poco como los cantantes de ahora, que hacen galas durante los veranos. Y se dice en su *Vida* que nunca quiso esposa y que todo el dinero que ganaba se lo daba a sus padres y a la iglesia de la villa en que nació, que era la de San Gervasio. En fin, un dechado de perfección en esto, un ave rarísima, se mire como se mire.

Pero, aunque no quería esposa, sí amaba a una dama de Gascuña, Almanda d'Estanc, que no tiene nada que ver una cosa con la otra. Y la dama toleraba –esta es la palabra empleada en la crónica– las pretensiones

de Girault «por el gran ensalzamiento que le hacía en prestigio y honor». Esta es una razón que se encuentra frecuentemente en este mundo de la poesía trovadoresca, en el que se da a menudo este tipo de dama que no corresponde justamente al enamorado y simplemente lo mantiene por pura vanidad e interés. El hecho es que ella se defendía de él cortésmente y con bellas palabras, pero nunca le hizo ni le dio ninguna «alegría de amor», sino un guante suyo, con el que el trovador vivió mucho tiempo alegre y gozoso. Ya se sabe que las necesidades de reciprocidad en esto del amor son muy diferentes de unos hombres a otros. Parece que este Girault, un santo por lo que se trasluce de sus biógrafos, no era de los más exigentes y andaba por ahí tan contento con su guante. Sin embargo, el destino puede ser cruel y ocurrió que un buen día el pobre Girault perdió el guante y tuvo muchas tristezas desde entonces. Encima, la señora Alamanda, a la que el pobre asediaba con moderada insistencia para que le «hiciera placer de amor» —por una vez, una sola vez, una puñetera vez, ¿qué trabajo os cuesta?, le diría, olvidando las rimas y los metros—, cuando supo que había perdido el guante, se lo recriminó mucho y le dijo que no le daría nunca más ninguna alegría y que se retractaba de lo que le había prometido, pues bien veía ahora que él se había alejado mucho de su mandato. ¡Es que las hay!

Bueno, pues nuestro pobre trovador quedó muy afligido y triste y se fue a una doncella que ella tenía y que se llamaba también Alamanda y era muy sabia y cortés y entendida en trovar y

le pidió consejo. Y no se sabe qué consejo le dio, ni la forma en que se lo administró, el caso es que Girault no pensó ya en volver a la gracia de la primera señora. No es de extrañar, porque luego se supo que lo del guante había sido una excusa y que lo que ocurría en realidad es que la dama en cuestión había tomado por amante a un fulano (así en el texto) y por ello era muy criticada, ya que éste era un hombre muy malvado y vil. Estas veleidades y elecciones incompresibles se han dado en todas las épocas y no tendrían por qué admirar a nadie. El trovador, despechado y vencido, se pasó a ultramar con el rey Ricardo y estuvo en el asedio de Acre. Luego se fue a Antioquía, en donde fue muy honrado. Y más tarde se fue a la corte del buen rey Alfonso VIII de Castilla, que le dio muchos regalos y un palafrén bayo y, cuando volvía a Gascuña y pasaba por las tierras del rey de Navarra, este rey le hizo robar y se quedó con el palafrén bayo y dejó el resto del botín a los que le habían asaltado.

No acabó todo ahí, porque después el vizconde de Limotges también hizo que le robaran los libros de su casa y todo su arnés. Entonces Girault comprendió que el mundo ya no era el mismo —aunque podría decirse que, en realidad, todo demostraba que el mundo seguía siendo el mismo de siempre— y que «el mérito había huido y el solaz dormía y el galanteo estaba muerto y la gallardía fracasada y la cortesía perdida y la buena crianza convertida en villanía y que el engaño había entrado en todo, tanto en las enamoradas como en los aman-

tes». No quiero entristecerles, pero, ¿quién no ha sentido alguna vez esa desolación en su propia vida, cuando parece que todo se vuelve contra nosotros? Me compadezco muy sinceramente de este pobre trovador que nos alerta de que en cualquier época, por muy feliz que la imaginemos y la sintamos, siempre esperan, agazapados e inmisericordes, el dolor, la desgracia y la fatalidad.

Quizá nos hemos puesto todos un poco tristes y hay que recurrir a otras historias y otras realidades más desenvueltas y animadas, que en todo tiempo existen. Y traeré ahora antes ustedes a una pareja de trovadores del Carsín, Raimon de Durfort y Truc Malec, interlocutores de un debate que se fecha en el año 1169, y autores de unos *sirventeses* en los que se menciona a una dama llamada Aia, de la que se cuenta que, siendo pretendida por el caballero de Cornil, se dirigió muy decididamente a él y le dijo de buenas a primeras, aludiendo claramente a su apellido, que no le amaría «si no le corneaba el culo». Bueno, pues lo que tenía que decirle, se lo dijo pronto y de seguido. Es una manera de actuar como otra cualquiera; esta no se andaba regalando guantes y perdiendo el tiempo.

No todas las damas eran de declaraciones tan inequívocas y lo muestra bien la vida de otro trovador, Rigaut de Berbezilh, del castillo del mismo nombre, en el obispado de Saintes, que fue un pobre valvasor, aunque buen caballero en armas y hermoso en la persona. Era, eso sí, un poco apocado y se cuenta que cuantos más hombres importantes veía, «más se

turbaba y siempre necesitaba de otro que lo sacara adelante». No buenas cualidades para andar por la vida, en cualquier tiempo. El caso es que se enamoró de una dama, esposa de un tal Jaufré de Taonai, un barón importante de la comarca (las damas siempre están casadas; esto es una constante en este mundo de los trovadores). La dama era gentil, hermosa y alegre; también era muy codiciosa de renombre y honor, que todo hay que decirlo. Y en cuanto se dio cuenta de que el trovador se había enamorado de ella, le puso semblante de amor para que la trovasse, lo que era entonces, para que nos entendamos, como que te saquen ahora en las revistas del corazón y te hagan famosa. Rigaut, apocado como era, sacó coraje de donde fuera y la rogó de amor. La otra se dejó querer lo justo y el trovador se puso a trovar como un ruiseñor y la llamaba «Mejor que Dama» en sus cantares, en los que hablaba de hombres y de pájaros, de soles, lunas y estrellas. Todo muy bien, pero parece que, aunque muy largamente cantó de ella, nunca nadie creyó, según las fuentes consultadas, que ella le otorgara el amor de su persona. Y cuando la dama se murió, el trovador se vino a España, al amparo del valiente barón D. Diego López de Haro, y murió aquí.

Otras narraciones dan más detalles de este personaje y complican ligeramente la trama. Es la misma historia, pero aquí se cuenta además que otra dama de la comarca, castellana de un rico castillo, llamó a Rigaut, mientras este estaba esperando la inalcanzable gracia de la esposa de Jaufré. Esta

otra dama, que declaró conocer perfectamente la situación del trovador, le hizo ver cuán injusto era que su dama no le hubiera hecho hasta entonces «ningún placer según derecho de amor» y le insinuó que con ella todo sería distinto. Le recordó, de paso y por si no había reparado en ello, que ella era más hermosa dama y más encumbrada que la primera.

Rigaut hizo lo que cualquier hombre habría hecho. Hizo sus cuentas y se despidió de la primera dama, la que lo había desdeñado, y se fue a donde esperaba hallar más dulce comprensión. Pero ocurrió que al llegar a su nueva musa, esta le recriminó por haber abandonado a la primera, haciéndole ver que no era muy de fiar un hombre capaz de proceder así —en lo que quizá llevaba un poquitín de razón, porque lo que ocurre una vez puede ocurrir dos— y negándole lo ya medio pactado. El caso es que, después de este nuevo fracaso, Rigaut se sintió tan triste que se fue al bosque, se hizo construir una casa y se reclusó allí, diciendo que nunca más saldría de aquellos lugares. Y su caso se supo en toda la comarca y muchos caballeros y damas se dolían de su desgracia y fueron a interceder por él a su antigua dama, a la primera, que uno ya se pierde con tanta ingrata. Y esta dijo que lo perdonaría si cien damas y cien caballeros, que se amaran todos ellos de amor, iban a pedirle esa merced. Ni una, o uno, menos. Pues, se reunieron las cien parejas y solicitaron, y obtuvieron, el perdón para Rigaut. Este tema de engaños, de conmiseración por el que ha perdido el amor y la generosa in-

tercesión a su favor es también típico de la lírica trovadoresca.

Más víctimas del amor y más arreglos y venturas finales. Raimón Jordan era vizconde de Sant Antonin, en el obispado de Caors, y era agradable y supo trovar bien. Amó a la esposa del señor de Pena de Albigés, que era hermosa, joven e instruida y quería al vizconde más que a nada en el mundo. Pero el vizconde se fue a la guerra y fue herido en una batalla y las noticias lo dieron por muerto. La dama, al enterarse, llegó a tal dolor que ingresó en los patarinos, la orden de los herejes, y cuando el vizconde finalmente sanó y supo de su reclusión, sufrió tanto que ya no hizo nunca más versos ni canciones y dejó de cabalgar y de ir y venir con la gente principal. Así pasó un año, hasta que otra dama, Elís de Montfort, esposa de Guilhem de Gordon (no esperen encontrar una dama soltera en estos manejos), en la que había juventud, hermosura, cortesía y valor, le instó a que se animara, que no fuera tonto y que fuera a verla, o, si lo prefería, se dignara recibirla. Como lo de ahora, ¿en tu casa o en la mía?; si es que las cosas no cambian. Y habló con ella el vizconde y, mano de santo, notó que le empezaba a venir una gran dulzura de amor en su corazón y empezó a engalanarse y a mostrar su alegría. Y la dama Elís lo tomó por su caballero y recibió su homenaje y se entregó a él por dama, besándolo y abrazándolo, y le dio el anillo de su dedo como garantía y seguridad. Y el vizconde se marchó de ella muy alegre y muy feliz y recuperó el cantar, el trovar y el solaz.



Hay historias para todos los gustos en el *corpus* de la lírica de los trovadores. Hubo un monje, Gausbert de Poicibot, que ingresó en un monasterio cuando niño y luego, de mayor, se salió de él «por deseo de mujer». Se enamoró de una gentil doncella y se casó con ella, pero luego él marchó a España y la esposa, durante su ausencia, tomó por amante a un caballero de Inglaterra —por «deseo de hombre», habrá que entender—, que la abandonó después. Pasado el tiempo, volvió Gausbert de España y un día fue, por deseo de mujer —que parece que le asaltaba, de vez en cuando— a una casa que le recomendaron y allí encontró a su antigua mujer y «hubo gran dolor y gran vergüenza entre los dos». Parece que estuvo con ella aquella noche, pasado el desconcierto inicial y para no perder del todo el tiempo, y a la mañana siguiente se marchó con ella y la llevó a un convento, donde la hizo ingresar. A él no le dio por lo mismo, aunque por el dolor abandonó el trovar y el cantar. En fin, bromas aparte, las viejas historias de siempre, las injusticias antiguas, el dolor, las tristezas de nunca acabar, en todas las épocas.

El desdén, el desamor y hasta la maldad bastante gratuita se dan cita en la vida de otro trovador, uno de los más conocidos, Gaucelm Faidit, que fue de un burgo llamado Uzerca, del obispado de Lemosín. Tiene cierta gracia lo que se dice de él en una de las narraciones, porque se afirma «que cantaba peor que nadie en el mundo», pero que hizo buenas melodías y buenas palabras. Es que lo suyo era lo de trovar solamente, pero se convirtió

en juglar (cantor) porque perdió toda su hacienda en el juego de dados. Era muy ávido en comer y beber por lo que se hizo desmesuradamente gordo. Tomo por esposa a una soldadera, a la que llevaba por las cortes en las que actuaba, y que se llamaba Guilhelma Monja, muy bella e instruida, pero que se volvió tan gorda y tan grasa como él. El trovador, probablemente ahído de tanta gordura compartida y triunfante, se enamoró de otra, de María de Ventadorn, la mejor y más importante dama que hubiera en aquel tiempo en ninguna parte, y la cantaba con los mayores halagos y alabanzas y por esto ella lo soportaba, pero nunca le concedió amor. Hasta que Gaucelm se presentó y le dijo que, o le daba placer, según derecho de amor, con el que se tuviera por satisfecho, o se pondría a servir a otra dama. Y como no obtuvo ninguna promesa concreta, se marchó con las músicas a otra parte.

Entonces la dama mandó llamar a otra señora, Audiartz de Malamort, y le contó todo y le pidió consejo para ver cómo podría retener a Gaucelm. Sin darle su amor, claro, que, dándoselo, ya sabía ella de sobra que no habría el menor problema. Esta situación de quiero y no quiero es una por la que han pasado a veces algunas mujeres, desde que el mundo es mundo. Y Audiartz le dijo que lo arreglaría. Se marchó de vuelta a su lugar y envió a Gaucelm un mensajero para que le dijera que «preferiera una pajarito en su mano antes que una grulla volando en el cielo». Gaucelm captó el mensaje, encontró razonable lo que se le insinuaba y cogió el caballo y se presentó

al instante en donde se le pedía. Los hombres podemos ser muy veloces para estos asuntos. La dama le explicó algunas cosas de trivial trascendencia y también le dijo, como de pasada, como el que no quiere la cosa: «Y sabed que soy gentil, poderosa en riqueza, joven en años y se dice que soy muy hermosa». Le recomendó, en fin, que se despidiera claramente de la Ventadorn y que se lo hiciera ver a la ingrata en una canción que no dejara muchas dudas al respecto. Gaucelm quedó tan prendido de amor con la nueva dama que perdió, así lo dice el texto, la vista y el oído. Y cuando los recobró se puso a dar gracias a la señora Audiartz tanto como pudo y supo.

Gaucelm hizo la canción pedida, tan clara como se le había indicado, quedó despedido de la Ventadorn y se volvió a la señora Audiartz, a ver con qué lo obsequiaba ahora la vida. Diré, para simplificar, que las cosas no fueron bien y esta dama reciente le dijo lo que se ha dicho siempre en estos casos: que, por muy diversas razones, sólo podían ser buenos amigos. El trovador, que amistades de ese tipo había tenido ya, seguramente, más que de sobra, se fue como hombre desesperado, porque vio que había sido traicionado y engañado, tratando de enmendarse en lo sucesivo y andar más despierto con las mujeres. Y así entra en escena Margarita d'Albussó, esposa del vizconde de Albussó, que le mostró tan amoroso semblante que el trovador se enamoró de ella y la requirió de amor. Es que hay gente que no escarmienta jamás. Y ella, para que le diera prestigio y cantara de

ella, le prometió darle placer según derecho de amor. Mucho la alabó el trovador, pero Margarita, aunque le alegraran las alabanzas que le dedicaba el cuitado, no sentía amor alguno por él y jamás le dio placer según derecho de amor. Sólo una vez, cuando se despedía, él la besó en el cuello y ella se lo toleró amorosamente, y él vivió mucho tiempo con gran alegría por aquel placer. Menos da una piedra, se debió de decir el pobre.

Y lo que ocurría es que ella amaba a Uc de Lusignan, hijo del conde de la Marca, con quien no se podía ver en el castillo de Albussó, por razones más que obvias, teniendo en cuenta que el marido andaba por allí y que aunque los castillos suelen ser muy grandes, también vive mucha gente en ellos y no todos pueden ser de fiar. Así que la dama se fingió enferma de muerte y prometió públicamente, si mejoraba de su dolencia, ir a rezar a Santa María de Rocamadour. Y ya le mandó decir a Uc de Lusignan que fuera a Uzerca, en donde vivía Gaucelm Faidit, el trovador gordo, y que la esperara en la casa del propio Gaucelm, que ella le daría allí mismo placer de amor y le indicó el día. El caballero se presentó en el lugar preciso como un rayo, incluso algún tiempo antes de lo acordado, y la esposa de Gaucelm –gorda ella también, si se recuerda– lo acogió muy bien y con gran sigilo, como el caballero le mandó, lo introdujo en la cámara prevista para la señora. Llegó luego la recuperada dama (las curaciones a veces son como milagrosas) y se lo encontró en la cámara en donde ella debía acostarse. ¡Qué sorpresa, en-

contrarte aquí!, a lo mejor fue capaz de decir, que las hay muy disimuladoras. Estuvieron dos días allí, sin ser vistos por nadie. ¿Y fueron oídos? Pues no lo sé, que las mujeres en esto son de muy diferente e impredecible condición. Las hay parlanchinas que enmudecen sepulcralmente y recatadas que se instalan en el puro grito; así todo es más variado y distraído, pienso yo. Luego la dama se fue a Rocamadour, a lo de sus rezos, porque lo había prometido y porque todo es compatible. Y a la vuelta, con el caballero ya recuperado también y a punto, pasó otros dos días en la misma casa y cada noche yacían juntos con gran alegría y solaz y con los mismos entretenimientos. Cuando llegó Gaucelm y su esposa le contó todo lo sucedido, el trovador se sintió tan dolido que quiso morir. Y le dolió mucho que ella (no la esposa, la gorda, sino la otra) se hubiera acostado con otro en su propia cama, lo que, bien mirado, tampoco cambia tanto las cosas. Este detalle lúbrico de amantes acostándose felices en la cama de un solicitador rechazado, se repite otras veces en la poesía trovadoresca y tenía probablemente el carácter de un chiste o ironía sobre el poco éxito de algunos hombres en las lides de amor. De este pobre Gaucelm Faidit, otro trovador, Elías d'Ussel cuenta, en una canción, que «es más gordo que una columna» y de su mujer decían que era más gorda que él. Después de saber todas las malas cosas que le pasaron al pobre Gaucelm, no es extraño que la gente quiera adelgazar. Por si tiene algo que ver.

De muchos trovadores hay sólo escasas noticias y, por otra parte, no puedo detenerme más en contar otras historias, por lo que he de ser muy breve. De Uc Brunenc, diré que al final se hizo cartujo; de Daude de Pradas, que era criticado porque se afirmaba que no escribía por verdadero amor, por lo que sus canciones eran frías y sin arte. De Guilhem de la Tor se da en los textos la graciosa noticia de que sus comentarios eran más largos que sus canciones y de Uc de Sant Circ se hace notar que en cuanto se casó no hizo más canciones. A alguna gente le pasan cosas parecidas. Gui d'Ussel, del Lemosín, fue canónigo de Briuda y de Montferran y estuvo mucho tiempo enamorado de Margarita d'Albussó, a la que ya hemos mencionado, y de la condesa de Montferran, para las que hizo muy buenas canciones. Hasta que el legado del Papa le hizo jurar que no haría ya más y él dejó entonces el trovar y el cantar. Pero antes de dejarlo, todavía le dio tiempo a enamorarse de una dama de Provenza, que se llamaba Guidas de Mondus, esta vez soltera y que se quería casar. Y un día la dama le dijo, con la mayor franqueza: «Gui d'Ussel, vos sois un hombre gentil, aunque seáis clérigo —qué tendrá eso que ver, digo yo— y no puedo prohibir a mi voluntad que se avenga a hacer todo cuanto os pueda placer. Así que me podéis conseguir, si queréis como amante o si queréis como esposa. Aconsejaos bien en qué calidad me queréis». A esto es a lo que llamo yo poner las cosas en su punto y proceder con método y con sentido de la estrategia, sin dejar lugar a malentendidos.

Guilhem de la Tor, al que nos hemos referido antes, fue un juglar del Perigord, del castillo de Tor, un castillo desaparecido que se levantaba en la localidad llamada hoy La Tour-Blanche (departamento de Dordogne), que marchó a Lombardía y casó allí, tomando como esposa a la que ya lo era de un barbero, a la que raptó y se llevó al lago de Como. Era hermosa y joven y la quería más que a nada en el mundo. Murió y él se entristeció tanto que se volvió loco y pretendía que su joven esposa no estaba muerta en realidad, sino que lo fingía para abandonarlo. Estuvo diez días en su tumba y cada noche la sacaba fuera y contemplaba su rostro y la besaba y le hablaba y le pedía que confesase si estaba viva o muerta. Hasta que, sabido esto por las autoridades de la ciudad, lo tuvieron por loco y le expulsaron de ella y él marchó por todas partes en busca de adivinos a los que consultar, para saber si su esposa podría volver a la vida. Un embaucador le llevó a creer que si todos los días leía el salterio, rezaba ciento cincuenta padrenuestros y daba limosna a siete pobres, antes de comer, durante un año entero, ella volvería a la vida, aunque no comería, bebería, ni hablaría. Así lo hizo el desesperado trovador, incansable, durante un año entero, sin faltar un solo día, y cuando vio que esto no surtía efecto, se desesperó y se dejó morir.

La historia de Guilhem de Sant Leidier es parecida a la de Gaucelm Faidit, que ya hemos relatado. Era un rico castellano del Velai, en el obispado del Puy de Santa María. Se enamoró de la marquesa de Polinhac y a

ella dedicaba sus canciones, pero también era muy amigo de la condesa de Rossilhon y la alababa y apreciaba mucho y todas las gentes creían que era su caballero y algo de verdad debía de haber en ello porque él dejó poco a poco de ver a la marquesa y empezó a dedicarse más inequívocamente a la condesa, lo que, naturalmente, espoleó los celos de la primera. Entonces la marquesa decidió vengarse y llamó a un amigo común, Uc Manescal, y le dijo: «Quiero ir en peregrinación a Sant Antonín del Vianés y pasar por la casa de Sant Leidier y acostarme en su cámara y en su lecho, y en este lecho quiero que vos durmáis conmigo». El amigo —¡a ver!— se puso a sus órdenes con toda prontitud y la dama partió con sus dos doncellas y muchos caballeros a albergarse en Sant Leidier y desmontó en la casa de Guilhem, que no estaba en el castillo. Fue allí muy bien recibida y por la noche se acostó en el lecho de Guilhem, pero con el mencionado Uc Manescal, no con el dueño de la casa. Para complicar un poco el asunto, no hacer las cosas tan regladas y distraerse más, se supone. La noticia se extendió enseguida y Guilhem se entristeció, pero trató de disimularlo y de consolarse con su buena condesa. En Pons de Capduelh se da un caso que ha tenido algunas versiones en la literatura universal, con diferentes enredos: el trovador quiso poner a prueba a su amada. Amó por amor a Azalaís de Mercuer, esposa del gran conde de Alvernia, y mientras ella vivió no amó a otra y cuando murió, se cruzó y se fue a ultramar en donde terminó sus días. Sin embargo, se

cuenta que en vida de ella, en un cierto momento, tuvo el necio deseo de comprobar hasta qué punto Azalaís lo quería bien y se propuso darle a entender que estaba enamorado de otra dama, para ver cómo reaccionaba ella y juzgar en consecuencia. Y empezó a distanciarse de ella y a acercarse a otra dama, de nombre Audiartz. Cuando Azalaís se percató de la desviación, se enojó tanto que jamás preguntó por él y si alguien lo mencionaba oía el asunto como la que oye llover. El trovador, pasado algún tiempo, empezó a pensar que había sido un completo tonto y le envió mensajes y cartas que Azalaís no quiso ni escuchar ni contestar. Se amparó entonces en algunas damas que la conocían y a través de ellas pudo obtener el ansiado perdón. Y fue el hombre más feliz del mundo y dijo que nunca más fingiría para probar a su dama. Tonterías, las precisas.

Otra de las pruebas de amor comunes en la lírica trovadoresca viene representada por la pregunta retórica de si es más gozo recuperar el amor de una dama que el gozo de la primera conquista. Guilhem de Balaun fue de la comarca de Montpellier, gallardo y buen trovador, y se enamoró de una muy gentil dama, que se llamaba Guilhelma de Jaujac, esposa del señor de Jaujac. La amó mucho y fue muy bien correspondido porque la dama hizo todo lo que a él le plugo, según derecho de amor. Un amigo del trovador, Peire de Barjac, tenía también su dama y conseguía de ella todo cuanto quería y era feliz. Pero en una ocasión se enfadaron y luego hicieron las paces y entonces Peire confesó a su

amigo Guilhem que nunca había sido tan feliz como en ese momento de la reconciliación, ni siquiera cuando la ganó por primera vez.

Quiso entonces Guilhem probar, experimentar esto en su propio caso y fingió estar enfadado con su dama. Ella le envió mil requerimientos para saber cuál era la causa de su patente desvío, a los que él no contestó. Hasta que ella renunció a más averiguaciones y se sumió en la más grande tristeza. Guilhem empezó a considerar que las cosas habían ido ya demasiado lejos y volvió a Jaujac, pero todavía se alojó en la casa de un burgués y no en la corte. Sin embargo, su dama lo supo y cuando llegó la noche fue al albergue en donde él dormía y se hizo llevar hasta su cámara. Se hincó allí de rodillas para besarle, pidiéndole perdón por un daño que estaba segura de no haber hecho, pero él la maltrató y la llegó hasta a golpear.

Él después quedó muy dolorido de su necedad y a la mañana siguiente se dirigió al castillo de su dama, pero entonces fue ella la que no quiso verlo ni oírlo y le hizo despachar. Y así estuvo Guilhem más de un año y estaba ya desesperado en su corazón y le escribía continuamente mensajes, solicitando el perdón y pidiéndole que tomara la venganza que juzgara oportuna. Finalmente, ella le ordenó que se arrancara la uña del dedo más largo y se la llevara. Cayó él a sus pies más tarde y le presentó la uña del dedo. Y ella la recibió y le perdonó su necia locura. Este relato encierra una muy sutil burla de toda esta situación y, a mi juicio, es algo más que ligeramente escabroso, no quedando muy clara, o

quizá sí, la referencia a la uña del dedo más largo, la que él le presenta en el acto de la reconciliación y la que ella recibe, mientras otorga su perdón. De otros trovadores casi sólo diré sus nombres y algún detalle curioso. Dal-fin d'Alvernia fue un conde poeta, generoso en extremo, que por su liberalidad perdió más de la mitad de su condado; y con avaricia y con sensatez, así se dice en los textos, lo pudo recuperar todo y ganó más de lo que había perdido. El monje de Montaudon fue de Alvernia, de un castillo que se llama Vic, y era monje de la abadía de Orlhac. Los caballeros y los barones lo sacaron del monacato y le hicieron gran honor y le dieron todo lo que quiso y les pidió; y él lo llevaba todo a Montaudon, a su priorato. Peire Cardenal, de Velai, fue muy honrado por el buen rey Jaime de Aragón y cuando pasó de esta vida tenía alrededor de los cien años.

Peire Vidal fue de Tolosa, hijo de un peletero, y cantaba mejor que nadie y era uno de los hombres más locos que han existido en este mundo, porque creía que era verdad todo lo que le gustaba y quería. Es cierto que un caballero de Sant Gil le cortó la lengua porque daba a entender que era amante de su esposa, pero Uc del Baus lo hizo curar y medicar. Y cuando estuvo curado se fue a ultramar y se casó con una griega en Chipre, que el creyó sobrina del emperador de Constantinopla, por lo que él mismo se consideró candidato al imperio. Se hacía llamar emperador, y emperatriz a su esposa, y llevaban armas imperiales. Se enamoró de una dama, Azalaís de Rocamartina, esposa de

Barral, señor de Marsella. Un día se metió en la cámara en donde dormía la dama y se acercó a la cama y la tomó en sus brazos y la abrazó y la besó. Ella se despertó y se puso a gritar y avisó a su marido que la tranquilizó y le aconsejó que no lo tomara a mal, porque Peire era un loco. En un momento amó también a la llamada Loba de Puegnautier y Peire se hacía llamar lobo por ella y se cuenta que en la montaña de Cabaret se vistió verdaderamente con piel de lobo, con la mala fortuna de que los pastores lo persiguieron con sus perros y lo apalearon de tal modo que fue llevado por muerto a la casa de la Loba. El marido lo escondió y envió por el médico y lo hizo curar hasta que quedó sano.

Raimon de Miraval se enamoró de Azalaís de Boissazon, que era joven, gentil y hermosa y él la encumbró, cantando y narrando en su honor tanto como pudo y supo. La ponderó tanto que el rey Pedro de Aragón, sin verla, se había enamorado mucho de ella y le había enviado mensajeros, cartas y joyas y se moría de deseos de conocerla. El rey vino a Albigés y, en cuanto se sentó al lado de Azalaís, la requirió de amor y ella al momento le dijo que haría todo lo que él quisiera, de modo que por la noche el rey obtuvo de ella todo lo que le plugo. Al día siguiente se supo todo, o la mayor parte, y Miraval quedó triste y apesadumbrado y se lamentó de la felonía que la dama y el rey le habían hecho. Hubo damas que simultaneamente a más de un trovador. Guilhelma de Benauges tenía de enamorados a Savaric de Mauleon, Elías

Rudel y Jaufré Rudel, al que ya hemos mencionado. En una ocasión se sentaron los tres a la vez con ella y los tres la miraban amorosa y rindidamente. Ella también se puso a mirar con gran dulzura a Jaufré, que estaba sentado enfrente, mientras le tomaba la mano con cariño a Elías, a su derecha, por debajo de la mesa, y arribaba su pie al de Savaric, a su izquierda, sonriendo y suspirando convenientemente, según se detalla en el texto. A la señora se la podrá criticar por otras cosas, pero no por ser olvidadiza de nadie o inhábil en la expresión corporal. Ninguno de los amantes advirtió el favor hecho a los otros dos, ensimismados en sus propios logros y venturas. Como debe ser. Los problemas vinieron después cuando, ya solos, empezó cada uno a irse de la lengua. Pero, claro, si los hombres no contáramos estas cosas, ¿cuál sería la gracia de hacerlas? Siempre ha sido así, en todos los tiempos. Raimbaut d'Aurenga fue gallardo, buen caballero en armas y de agradable conversación. Se enamoró, también sin verla, por el gran bien que de ella oía decir, de la buena condesa de Urgel, que era lombarda, hija del marqués de Busca, y le hacía encendidas canciones, que le mandaba con un juglar, que se llamaba Ruiseñor. Por diversas razones, Raimbaut nunca tuvo la oportunidad de ir a presentarse ante ella. Pero —escribe el autor de su *Vida*— «yo le oí decir a ella, cuando ya era monja, que si él hubiera ido a verla, le hubiera concedido placer hasta el punto de que le hubiera consentido que le tocara la pierna desnuda con el reverso de la mano».

Eso es lo que yo llamo precisar y fijar las condiciones de antemano, para evitar los malentendidos. Así que por no andar espabilado, por no viajar a su tiempo, Raimbaut se quedó sin la dulce recompensa y la condesa sin que le acariciaran la desnuda pierna. ¡Cuántas cosas nos perdemos, Señor, por no andar atentos! Y sabe Dios hasta dónde podrían haber llegado las cosas si se hubieran encontrado, que en esto se sabe por donde se empieza, pero nunca por donde se va a acabar. A lo mejor, hasta se le hubiera quitado la determinación de profesar. Se han dado casos.

Ahora llega quizá mi trovador favorito, Raimbaut de Vaqueiras, que fue hijo de un pobre caballero de Provenza, del castillo de Vaqueiras, localidad provenzal, en el actual departamento de Vaucluse. Raimbaut se hizo juglar y estuvo mucho tiempo con el príncipe de Aurenga, Guilhem dels Baus, que le hizo mucho bien y lo prosperó. Se convirtió en el trovador más famoso de toda la Provenza, en donde estaban entonces inventando, como ya hemos visto suficientemente, la cálida y dulce fermentación del amor. Cantó una vez ante un extranjero, el marqués Bonifacio de Monferrato, que había ido hasta allí porque quería saludar al Papa en Avignon, y tanto le gustó al noble visitante su arte que logró convencerle para que le acompañara en el regreso y se lo llevó a su palacio, en Italia. Allí Raimbaut, un día, a través de los altos ventanales de una de las afiligranadas galerías, vio inesperadamente a una doncella esbelta de cuerpo, de piel blanca, como de marfil pulido, y

un pelo negro brillante que le llegaba hasta la cintura. La doncella se quitaba sus ropas de seda, se ponía una reluciente armadura milanesa y era capaz de manejar una espada, como en un juego, delante del gran espejo colgado en la pared. Luego volvió a vestir sus ropas femeninas, pero el trovador, que se enamoró perdidamente de ella tras esa fugaz visión, la llamó ya siempre, en sus trovas y cantos, el *Bel Cavalier*. La dama, que no era soñada, como ocurre otras veces, se llamaba Beatriz, era la hermana del marqués y estaba prometida a Arrigo del Caretto, señor de Savona. El trovador moría de amor y escribió como nadie había escrito hasta entonces, aunque tantos habían sentido lo mismo. Tenía ese don. Y se acercaba tan derechamente a la muerte, que Beatriz se ablandó, lo amó y le regaló, multiplicada, la vida. Se casó luego con Caretto, para no complicar tontamente las cosas, pero el trovador fue mantenido en palacio y siguió gozando de todos sus privilegios. Sí, lector, de todos sus privilegios. Don Arrigo era amante de la caza y cazaba, el trovador trovaba, Beatriz lo comprendía todo y el mundo seguía rodando incansable y ciegamente por su camino de siempre.

Hasta que una noche de verano, cuando los enamorados reparaban sus dulces fatigas sobre la hierba del jardín y dormían dulcemente, apenas cubiertos con el manto del trovador, el hermano de ella, Bonifacio de Monferrato, el marqués, que quizá se había arrepentido ya alguna vez de haberse traído al insistente provenzal a palacio, los sorprendió y, con

delicadeza y tacto, les quitó, sin despertarlos, la ropa del amante y los cubrió con su propia capa, en la que estaban bordadas muy claramente las armas del marquesado. Al despertar, se dieron cuenta de lo ocurrido, que los dos volvían por veces al mundo, aunque después de muy largas y felices ausencias. Como en el romance de Gerineldo, se recordará, cuando el rey halló a su hija en la cama con el paje de ese nombre y, también sin despertarlos, interpuso entre ambos su espada. Para que se dieran cuenta de lo difícil que es mantener un secreto, mayormente, que para otras cosas seguramente era muy tarde ya. Algo parecido ocurrió cuando el rey Marc encontró yaciendo juntos a Tristán e Isolda e intercambió su anillo con el de ella y su espada con la de él. Después del suceso, el marqués Bonifacio no tuvo grandes problemas para convencer al trovador de la cabal conveniencia de peregrinar a Tierra Santa y dejar los entretenimientos. Los dos se fueron de palmeros. Otros pecadores arrepentidos iban en la nave, camino del perdón y de la aventura. Iba aquel monje de Chieri que quedó convertido en un faisán por haber comido un ala de volátil en Viernes Santo, encerrado en jaula de plata y amparado por salvoconducto de los duques de Saboya. Iba aquel caballero de Mandovi, que intentó raptar a una monja en Fossano. Cuando estaba a punto de conseguirlo, ella pidió a Dios que le mandara la lepra para conservar intacta su pureza, lo que ocurrió en un instante, haciendo huir al caballero, que se tornó pesaroso y penitente tras la milagrosa mudanza. Via-



jaban gentes de toda condición, en busca de la gloria, de la muerte, de sus respectivos destinos. Monferrato, tras un par de batallas, ganó el reino de Salónica e hizo a Raimbaut duque y príncipe de Orfani. Pero el nuevo príncipe era víctima insalvable de la melancolía y soñaba con Beatriz y le escribía sin cesar las más tiernas baladas, todas dirigidas al Bel Cavalier, declarándose prisionero en ultramar, infeliz e incurable. Mientras tanto, Beatriz le dio once hijos al Caretto, quien sabe si con pasión por medio, que esto es muy complicado de averiguar, incluso con casos más recientes y de todos los días, y es sabido que hay mil formas de fingimientos. Raimbaut murió en su principado, añorando aquel lejano y perdido amor, entreviendo a su Beatriz en la distancia, en el horizonte engañoso e impasible del mar, que se divisaba desde la blanca terraza de mármol del palacio. Ni un día dejó de pensar en ella, ni un día pudo desprenderse del infortunio, de la desesperación y de la nostalgia. Para lo bueno o para lo malo, nada sería lo mismo en el mundo sin el amor. Y aquí traigo una canción de las que hizo por entonces y que comienza «No me gusta el invierno ni la primavera»:

¿De qué me valen, pues, conquistas ni riquezas? Porque yo me tenía por más rico cuando era amado y leal amigo y Amor me nutría. Prefería un solo placer que aquí gran corte y gran hacienda; porque ahora, cuanto más crece mi poder, tengo mayor congoja en mí mismo, pues mi querido Bel Cavalier y el gozo se me han alejado y huido. Nunca más me renace-

rá consuelo, porque la pena es mayor y más fuerte.

Escribió una de las más famosas composiciones de toda la literatura trovadoresca, *Kalenda Maia*, una estampida, improvisando directamente sobre las notas de una melodía que ejecutaban con la vihuela unos juglares franceses en una reunión de la corte. También es suya una composición amorosa, *Eras quan vey verdeyar*, perteneciente al género descort (llamado así porque hay un desacuerdo de rima entre las diferentes estrofas), que constaba de cinco estrofas de ocho versos y una final de diez. Las lenguas son diferentes para cada una de las cinco primeras estrofas: provenzal, italiano, francés, gascón y galaico-portugués, y en la última hay dos versos de cada una de estas lenguas, hasta hacer el total de diez versos.

Desde el punto de vista más rigurosamente histórico, se sabe que, en efecto, este trovador viajó frecuentemente entre Provenza e Italia y, por su famoso debate con una genovesa, parece que hacia 1190 estuvo en Génova. En 1194, acompañó al marqués de Monferrato en su expedición militar a Sicilia y antes de que terminara la campaña fue armado caballero por este, condición de la que presumió desde entonces nuestro trovador. Tras una breve estancia en Provenza, estuvo de nuevo en Italia con el marqués, entre 1197 y 2001, en calidad de amigo, consejero y trovador áulico. Cuando Monferrato fue elegido Jefe de la cuarta cruzada, Raimbaut se incorporó a la misma y tomó parte en diversas acciones militares, principalmente en los asedios de Constantino-

pla, de 1203 y 1204. Su última composición puede ser fechada en primavera o verano de 1205 y ya nada se sabe de él a partir de esta época. El marqués murió en 1207, luchando contra los búlgaros, y para entonces el trovador debía de estar ya muerto, lo que explicaría que no escribiera ningún planh por su protector de toda la vida. En cuanto a la identidad de Beatriz, podemos decir que no era la hermana del marqués, sino su hija, aunque tampoco es seguro que la dama que se esconde tras la senhal de Bel Cavalier fuera esta misma Beatriz, sino que pudiera tratarse de otra mujer.

Los amores inexplicables, caprichosos, insensatos, son más frecuentes de lo que la gente cree. Un personaje real del siglo XV, Juan de Olid, lo cuenta muy bien, aunque esta vez en la ficción: «por donde vine, de pronto, a entender que me había enamorado verdadera y cabalmente de doña Josefina aun sin nunca haberla hablado, ni aun tocado la punta de los dedos». Ocurre en una novela de un amable, brillante y ameno escritor, ganador del Planeta y otros premios. Me estoy refiriendo a Juan Eslava Galán y a su novela *En busca del unicornio*.

En Cataluña hubo también trovadores en aquel momento espléndido de la lírica europea. Guillem de Berguedà (1138-1196), vizconde del mismo nombre, fue buen caballero y buen guerrero e hizo buenos sirventeses, donde decía cosas malas a unos y buenas a otros y se jactaba de todas las damas que sufrían amor por él. No debía de tener muy buen carácter, ni ser mucho de fiar. Atacó machaconamente a Ponç de Mataplana por su

homosexualidad y también al obispo de Urgel, a quien le atribuía los más grandes crímenes y violaciones de hombres y mujeres, llegando a amenazarle con la emasculación. En un encuentro mató traidoramente al vizconde Ramon Folc de Cardona, por lo que fue desposeído de sus bienes y lo mantuvieron por misericordia sus parientes y amigos. Pero, sigue diciendo la crónica, luego todos lo abandonaron, porque a todos los encorrujó, o con las esposas o con las hijas o con las hermanas, de suerte que no quedó ninguno que lo mantuviese. Natural, ¿no? Al final lo mató un simple peón. A pesar de ser catalán y, por tanto, haber tenido que aprender el provenzal para componer sus poemas, maneja esta lengua con gran propiedad y corrección y son muy pocos los catalanismos que se le escapan en la misma.

Otro trovador es el protagonista de una de las más truculentas historias de toda esta literatura trovadoresca. Me refiero a Guillem de Cabestany (en provenzal, Guilhem de Cabestanh), de la comarca del Rosellón, que confina con Cataluña y el Narbonés. Amaba de amor a una dama de la comarca que se llamaba Saurimonda, esposa de Ramón de Castell Rosselló, que era muy noble y malo y fiero y orgulloso. A esta dama le dedicaba sus canciones y ella lo quería también, más que a nada en el mundo. Y se lo dijeron al marido, a Ramón de Castell Rosselló, que siempre hay gente para todo. Un cierto día, este se encontró inesperadamente con el trovador y lo mató sin más dilaciones. Le hizo extraer el corazón y le

cortó la cabeza y se los llevó a su casa, en donde guisó el corazón con pimienta y se lo dio a comer a su mujer. Cuando la dama terminó, él le dijo: ¿Sabéis lo que habéis comido? Y ella respondió: No, sino que era una vianda muy sabrosa. Entonces él le descubrió que era el mismo corazón de su amante y, para que lo creyera, hizo traer su cabeza ante ella. Saurimonda se desmayó y cuando volvió en sí, afirmó: Señor, me habéis dado tan buen manjar que nunca más comeré otro. El marido, rojo de indignación y de ira, corrió tras ella con su espada, pero ella pudo llegar antes al balcón y lanzarse al vacío, y así murió. Por todo el Rosellón corrió la noticia y hubo gran tristeza por lo sucedido. Llegó la noticia al rey de Aragón, que era señor del marido asesino, e hizo que este se presentara ante él. Al llegar lo prendieron y el rey ordenó destruir todos sus castillos y lo metió en prisión. También mandó recoger los despojos mortales de Guillem de Cabestany y a Saurimonda para que fueran enterrados juntos en una iglesia de Perpignan, haciendo construir un monumento ante el templo, dedicado a ellos y con una leyenda en la que se explicaba cómo habían sido muertos. Dejó establecido también que todos los caballeros y las damas del Rosellón, de la Cerdaña, del Conflent, del Ripollés, de Perelada y del Narbonés fueran a celebrarles aniversario todos los años. Ramon de Castell Rosselló murió en la prisión del rey. Esta es una historia terrible que tuvo amplia difusión y variadas versiones, incluyendo la de Stendhal en su *De l'amour*. En otra de ellas, la dama es-

posa tiene el nombre de Margarida. En realidad, la leyenda del corazón comido, sin saberlo, por el amante es un motivo folclórico muy extendido en la Europa de los siglos XII a XIV y, posiblemente, es de origen oriental. La leyenda está ya documentada en Francia a mediados del siglo XII, y a principios del XIII se fecha un *Lai d'Ignaure*, de Renaut, en el que son doce maridos celosos los que matan al donjuanesco Ignaure y preparan su corazón para que lo coman sus respectivas esposas, que todas habían sido por él cortejadas. Esta leyenda también se puede encontrar en otros dos poetas medievales: el *trouvère* Châtelain de Coucy y el *Minnesänger* Reinmar von Brennenberg. En una de las cuatro *Vidas* conservadas de Cabestany, se afirma que el rey de Aragón, que vengó la muerte de los amantes, fue Alfonso II, lo que es simplemente imposible, ya que este rey murió en 1196, un año antes de que Saurimonda se casara con Ramón de Castell Rosselló (1197). De Saurimonda se sabe que, en la realidad, todavía vivía en 1221, con su tercer marido, Ademar de Mosset. O sea, que no murió de la manera trágica que se ha descrito. En realidad fue su segundo marido, Ramón de Castell, el que falleció entre 1207 y 1210, ya que en 1210 ella contrajo sus terceras nupcias, con el Ademar mencionado. Antes que con Ramon, se había casado, en primeras nupcias, con Ermengol de Vernet, en 1193. En definitiva, que los acontecimientos ocurrieron de la manera que es considerada más normal: el marido murió y quedó la viuda, para poder contarlo.

No quiero dejar de decir unas palabras sobre las *trovaïritz*, las trovadoras. Naturalmente que las hubo. No conozco actividad humana, de ninguna naturaleza, en la que si han estado presentes los hombres no lo hayan estado también las mujeres, a pesar de los muchos e innegables inconvenientes y trabas para estas últimas. Apenas si haré otra cosa que mencionarlás. Ya hemos hablado de María de Ventadorn, del Lemosín, como dama a la que trovaron algunos caballeros. Dicen los documentos que Dios la había dotado de un bello y agradable cuerpo, gracioso, sin necesidad de artificios. Pues bien, también era capaz de hacer versos; hay gente que lo tiene todo. El conde de la Marca era su caballero y un día, mientras la cortejaba, expresó su convencimiento de que el amigo de una dama, mientras sea fiel y cumplidor, debería tener tanto señorío y autoridad sobre ella como ella sobre él. Y la señora María pensaba que no y por esta razón le conminó a mantener una *tensó* sobre el tema y trovaron ambos.

Castelloza era una gentil dama de Alvernia, esposa de Turc de Mairona, que amó a Arman de Breon y le dedicó sus canciones. Era muy alegre, muy instruida y muy hermosa. Azalaís de Porcairagues, que era de la comarca de Montpellier, también fue muy gentil dama e instruida. Sabía trovar y le dedicó muy bellas canciones a su amado Gui Guerrejat. Lombarda era una dama de Tolosa, muy gentil y hermosa. Sabía trovar y hacía bellas y delicadas canciones. Cuando Bernart Arnaut oyó hablar de ella fue

a Tolosa para conocerla y, después la requirió de amor y fue su amigo. Y fue capaz, la dama, de escribir algo como lo que sigue: «No ver, desacuerda todo mi acuerdo, que por poco lo desacuerda; pero cuando me acuerdo de lo que mi nombre recuerda, todo mi pensamiento se acuerda en buen acuerdo». Sí, ya lo sé que no se entiende. Tampoco se entiende a otros escritores y por ahí andan.

Y también sabía trovar la condesa de Día, que se enamoró muy decididamente de Raimbaut d'Aurenga y le dedicó muchas y muy buenas canciones. Tibors era una dama de Provenza, de un castillo que se llama Sarenom. Fue muy instruida, amable y docta y supo trovar, dicen los textos. Fue muy amada de amor por todos los hombres principales y muy temida y obedecida por las damas importantes. Le envió esta copla a su amador: «Buen dulce amigo, os puedo decir en verdad que nunca ocurrió que estuviera sin deseo desde que os conocí y os tomé por fiel amante; y nunca tuve otro anhelo, buen dulce amigo, sino el de veros a menudo, y jamás tuve ocasión de arrepentirme de ello». Esto sí que se entiende bien, esto sí que se dice claro y alto, que no todas van a ser iguales. No sé cuánto tiempo duró el encanto, que eso, en la Edad Media, y en todas las edades, no está jamás garantizado. La vida, el amor —quizá son la misma cosa, ya lo dije al principio— son así. ◀

---

**Francisco Luis Redondo Álvaro,**  
*Consejero del I.E.G.*

---